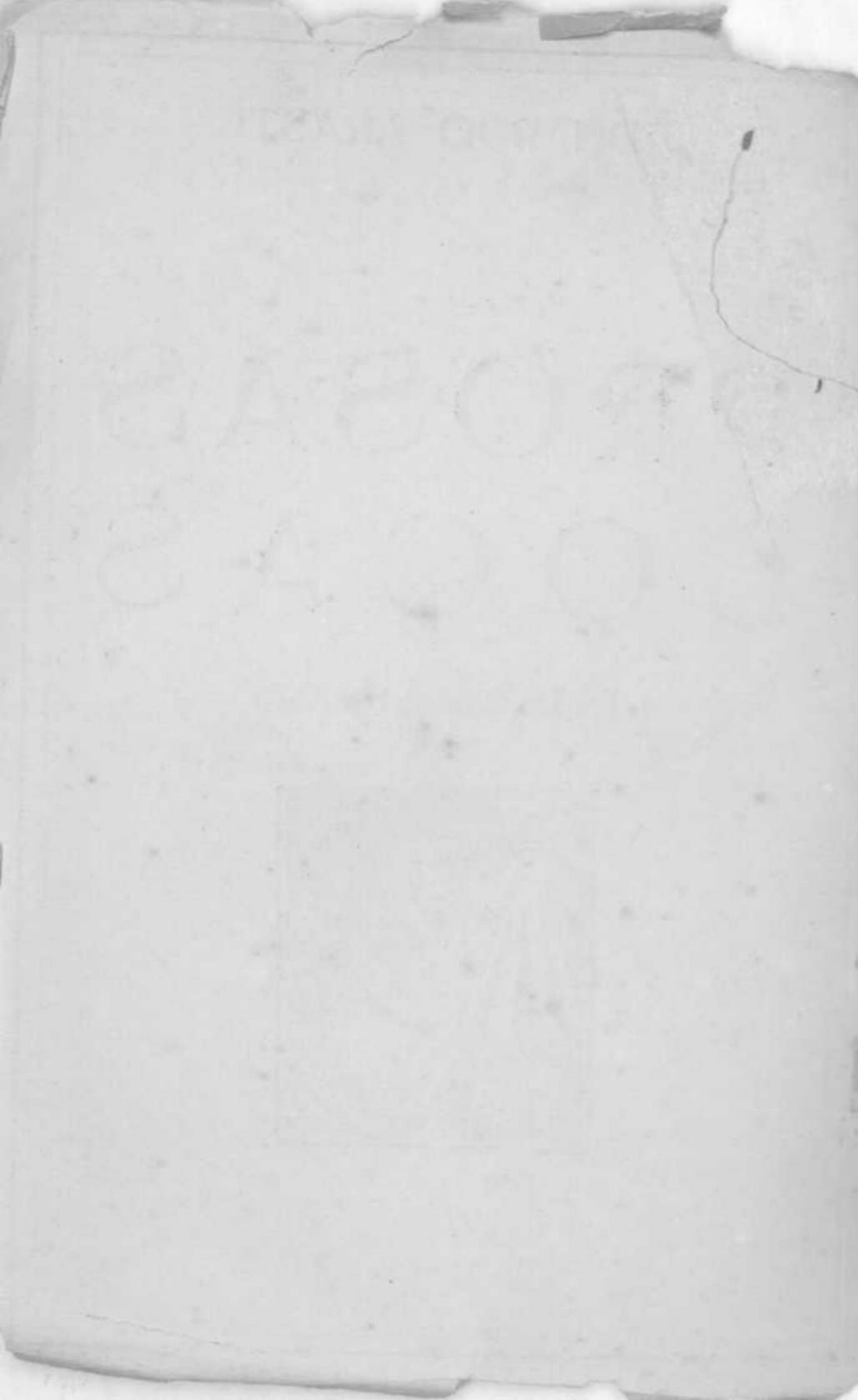


EDUARDO ARASTI:



PROSAS LOCAS





D6
COM

PROSAS LOCAS

+ 1138940
C

EDUARDO ARASTI

PROSAS

LOCAS



Burgos:
Imprenta J. Saiz y Compañía
1922

Es propiedad.

...Y me llamaban loco.

*Porque han dado en llamar locura
a la grandeza de alma.*

Edmundo Heast

Dedicatoria

A mi capa

Prenda de la mocedad de mi padre que aún guardas su bondad y las huellas de las manos pálidas de mi madre.

Tú has descansado sobre mis hombros los mejores años de mi juventud y sabes mis tristezas y mis alegrías, y conoces los días de entusiasmos, de luchas, de fracasos y de perdidas esperanzas, que fueron poniendo sobre mi corazón las desilusiones que han conseguido hacerme viejo.

He escrito un libro, mi viejecita capa.

Un libro viejo, ya conocido tuyo.

¿Recuerdas aquellas noches de la vieja Castilla, cuando sobre mis hombros recorrías las callejas en sombra de la parte vieja de la ciudad, entrando aquí y allá, contemplando las sombras de las casas antiguas; y aquellas tardes frías cuando cubrías la carne blanca de los bracitos débiles de mi amada; y aquellos amaneceres que hacían tiritar bajo el sol?

¿Recuerdas, mi pobrecita capa, aquellos días de

*primavera y de verano que te decía cariñosamente:
‘Hoy hace un sol espléndido; perdóname y estate
quietecita en tu percha. Yo quisiera llevarte, pero...
¡es tan pesado el sol!...’?*

¿Lo recuerdas todo?

*Pues de aquellos días es este libro loco que te de-
dico cariñosamente.*

Tú le conoces bien.

*Porque, como yo, has oído las charlas de aquella
muñequita que ya se ha hecho mujer.*

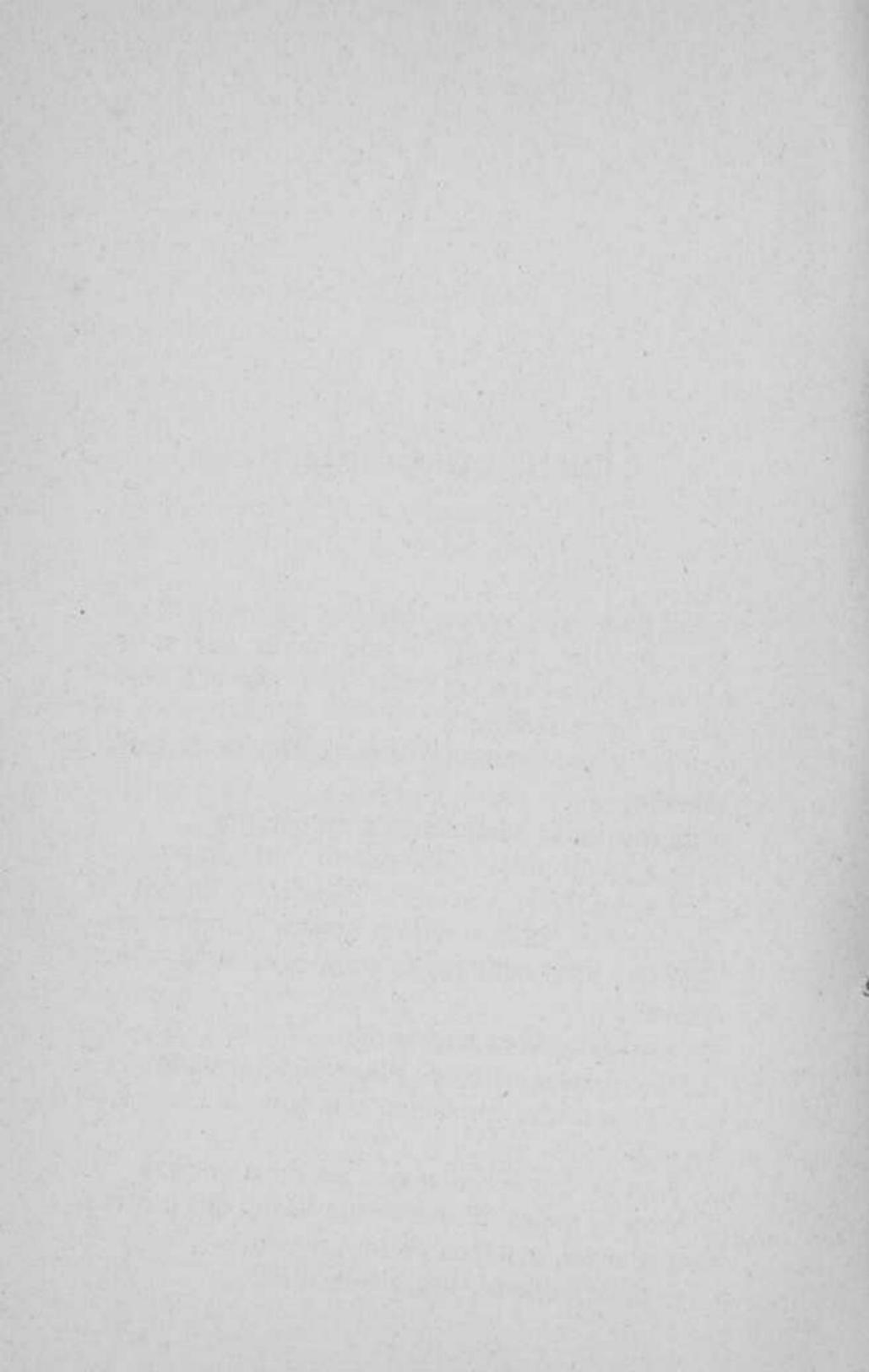
*Porque me viste entristecer y estar alegre como un
diablo chiquito en las horas de desesperanza y de
ilusiones.*

*Porque conoces, como yo, la enemistad de mis ami-
gos, la envidia de mis compañeros, el desprecio de
mis enemigos, la maldad de los buenos.*

Este libro es la charla de mi corazón.

*Tú que muchas veces has ceñido la carne de mi
cuerpo, puedes haber oído la cantinela tragi-cómica
de mi corazón.*

*¿Quién mejor que tú, si atesoras la bondad de mi
padre, que aún hueles a él; el cariño de mi madre,
que tantas veces te cuidó con mimo, y la locura mía,
que nació siendo niño en unos ojos infantiles, que ya
no he vuelto a reflejarme en ellos?*



Charla en Compostela

La *Rua del Villar*, estaba abandonada. Al contemplarla, recordé a una novia que se me murió porque Dios no quiso que nuestros besos fueran flores eternas.

¡Qué triste estaba la calle estrecha de Compostela!

El frío hería demasiado a mi cuerpo.

Y la lluvia bruja, daba fuerza a mis nervios.

En mi interior, por no sé dónde, la voz de la conseja me gritaba: «Ahí te servirán un hermoso café que hará en tu carne el milagro de la comodidad».

Pero un café es muy triste.

Mis pensamientos se aburren demasiado.

Y de repente, sin saber por qué, me encontré en el hotel.

Y en él, a una mujer que me miró curiosa.

Y en la mujer, a una amiga lejana que me hizo recordar las bellezas de mi juventud.

—¡Bien hallada, Anita!—la dije.

Y ella me contestó muy cariñosamente, poniendo un sello parlanchín en sus labios.

Y entonces creí que Dios me había ofrendado todas las flores de la primavera.

¡Oh, qué a gusto nos podemos desprender de la vida los hombres locos, cuando unos labios femeninos ilustran, con sus gestos, los versos de unos ojos hermosos!

Anita, (era blanca como mi madre, y bella como las ilusiones de mi juventud) debió de verme viejo.

Porque sus palabras mimosas eran como limosnita de santa:

—¡Oh, mi amiguito bueno, cuánto tiempo sin las charlas románticas!

—Sí, mucho tiempo. Casi me cuesta gran trabajo recordar los días de espiritualidad.

—¿Le castigó la vida?

—¡Mucho, mucho!

Y Anita calla. Sus ojos son brillantes. Me parece una gatita mimosa que escudriña en la noche negra de mi fracaso.

—¿Ya no escribe libros?

—No, ya no. Mis cuartillas se pierden en el desorden de mi vida y nunca llegan a la imprenta. ¿Para qué? Escribí nueve libros, diez..., no recuerdo. Cayeron en el vacío más grandioso que puede sepultar a las almas. Si los críticos hubiesen hablado de ellos, aún criticándoles como porteras parlanchinas, me hubieran dado ánimos. Pero ¿quién se preocupa de los libros pobres de los pobres noveles? Ya sabe, Anita, los libros míos que dormitan en las redacciones

de los periódicos madrileños. ¡Muchos, muchos!; dedicados a directores, críticos y redactores-jefes. Pues ni una pobre carta con débiles frases de gratitud. ¡Se necesita nacer mártir para ser artista!

—¡Qué vergüenza! ¿Pero es que no hay un crítico en España?

—Sí, tres o cuatro, pero... ¡deben de tener tantos quehaceres...!

—¡Es una lástima, porque usted, con un pequeño apoyo...!

—No, Anita, no. Yo he escrito por capricho, por nervios y entusiasmos de juventud, no por sabiduría. Los críticos han hecho bien con tratarme tan mal. Pero hay talentos que se pierden en la soledad del desprecio.

—¿Y no tendrá remedio el abandono?

—Es difícil, mucho. El día que cada uno de los que se dediquen al arte, tengan oro sobrante, triunfarán; porque (es triste decirlo) hay que agasajar al *artista* que ha sabido encumbrarse, aún con la falta de arte. ¡Periodistas, críticos de arte! Si todos fueran como debieran ser, ¡cuántos jóvenes provincianos se encumbrarían en vez de sepultarse!

—Tal vez no les convenga...

—Tal vez, Anita.

Nuestros labios han guardado silencio.

Pero los ojos charlan.

Dicen cosas que debieran escuchar los críticos...

Esos críticos que deben de sonreír burlona-

mente cuando los noveles les dicen en sus libros, en la dedicatoria: «Al maestro...»

Los maestros sin título que dejan reposar a los libros en los rincones de la pedantería.



Mi musa

Al nacer, Dios me besó en la frente.

Y me dijo:

—Caballero del Ideal serás. Busca entre las mujeres de tu tierra la compañera de tu vida. Angel debe ser. Lo angelical está escondido. Bajo las percalinas existe la belleza. No en los trapos airosos que adornan y enloquecen. Ve a buscarla.

Y caminé con paso enloquecido por los senderos de la vida.

Canté en versos románticos, más que la hermosura de cientos de mujeres, la belleza de mi alma que la veía en ellas.

Y al conocerlas corazón adentro, las olvidé riéndome.

Cuando en pleno fracaso clamé al cielo diciendo a Dios:

—Señor: Yo necesito una compañera con belleza de espíritu. Odio a las que siguen a la sociedad en sus costumbres, porque triunfa la ridi-

E D U A R D O A R A S T I

culez y el egoísmo, y hasta el vicio. ¿Qué debo hacer, Señor?

Y en la sonrisa del Supremo, quise adivinar un derrotero solitario salpicado de rosas.

Y por él caminé.

Y hallé a la compañera que tiene la belleza en el alma.

Belleza que anonada, que vence.

Porque siendo olorosa, no cansa.

Y porque siendo muda, baña el corazón de alegría y charla disparatadamente con prosodia...



“Melenitas rubias”

Fué en los días de mi primavera.
Cuando escribía versos y leía a Murger.
Las noches, eran para mi alma jardín espi-
ritual.

En las sombras, adivinaba flores.

Rocorría la ciudad en sombras, y a tientas por
las callejuelas torcidas, sucias y mal olientes,
buscaba inspiración.

Mis amigos me insultaban burlones.

Las mujeres se me quedaban contemplando
las melenas caídas y reían descaradamente.

Era un pequeño diablo que salía a la calle
para hacer reír.

—¡Paso al loco!—decían mis amigos cuando
yo llegaba.

Y yo les sonreía cariñosamente y los tenía
lástima.

¡Los veía tan pequeños a todos!

Y ellos se reían de mí.

Y yo les perdonaba.

Porque mi alma estaba muy por encima de su comprensión.

En los días de mi primavera, me encontraba solo.

Huían de mi lado todos los amigos.

Las mujeres, cuando me cruzaba con ellas, se separaban para dejarme paso, despreciativamente.

Temían que las manchase sus vestidos modernos.

Yo leía cariñosamente a Murger y hacía de mi habitación todo un mundo, y del campo, en los días de sol, un paraíso eterno.

Y escribía versos.

Y deseaba amar.

Y lloraba en silencio.

Porque entre todas las mujeres, no reconocía a la que llevaba en el alma:

Buena, cariñosa, sin orgullo, sentimental, rebelde y charlatana...

¡Oh, los días de mi primavera!

Cuando por vivir solo, conocía la verdadera felicidad, el encanto de vivir la vida.

Que es no querer a las mujeres.

Desconocer el trato de los hombres.

Adorar a Dios.

Que es no creerle representado por los hombres.

Porque somos malos.

Porque nos vendemos.

Y somos egoístas.

Y tenemos estómago.

Pero el diablo, en forma de mujer, vino a romper con unos besos mi tranquilidad.

Ella me llamó cuando yo soñaba caminando por las callejuelas nevadas:

—¡Eh, eh, muchacho!

Y su voz quedó en el fondo de mi alma.

Y aún la siento reír.

Y noto el contacto de sus manos pálidas.

Y aún recuerdo sus melenas doradas, que eran, azotadas por el aire frío, como una banderita de vicio, de dolor y de muerte.

Pero yo era pobre.

Y «Melenitas rubias» no se mantenía con versos.

Porque al perder el alma fué con su cuerpo al vicio.

Y el vicio pide pan para el cuerpo.

Y desprecia al espíritu.

—

Fué en los días de mi primavera.

Y ya en otoño recuerdo a «Melenitas rubias».

Porque fué muy buena.

Y supo decirme besándome y llorando:

«Deja de llorar y camina por la realidad de la vida. ¿Versos, pintura, música? ¡No, no! Nos aburriríamos en nuestra soledad y llegaríamos a odiarnos lastimosamente. La vida no es como debe ser. Es una lástima, ciertísimo. Pero... ¿quiénes son los culpables? Tú y yo, llegaríamos con el tiempo a engañarnos, porque nos cansaríamos en nuestra soledad, de ensoñar, de besarnos y de querer a Dios... Seamos buenos una vez solamente y cantemos a la verdad un cuarto

de hora. Después... ¡De tener que engañarnos nosotros mismos algún día, engañaremos todos a las demás personas! No te pongas triste. Tú vienes de algún mundo celeste donde las mujeres y los hombres son lo que representan. En este no. Por aquí abajo... Mira, no escribas versos. Escribe en prosa bárbara y tal vez te entiendan. O no escribas, porque hay muchos que no saben leer.»

No he vuelto a ver a «Melenitas rubias».



La mansión del dolor

¡Oh, casona destartalada y vieja!

Cuando paso mirándote, siento sacudidas en el corazón y me siento rebelde.

Y, entonces, tus campanillos charlan descarados y siento que se ríen de mí.

¡Cuántas veces he deseado que te derrumbases con estrépito loco!

Y es que al contemplarte, me da vergüenza de ser hombre.

¡En tus entrañas guardas a una virgen que la quise tanto...!

¡Oh, casona destartalada y vieja!

Convento misterioso donde las monjitas deben de llorar su libertad perdida.

Eres para mí la bruja mala que me aconseja mal.

¿Por qué no te derrumbas?

Eres vieja, el tiempo te ha maltratado mucho, y a pesar de las heridas que indican tu tristeza, aún te yergues orgullosa de tu poderío.

¡Maldición sobre tí!

Porque no quieres desprenderte de las mujeres que atesoras.

Tú no tienes la culpa, que igual hubieras sido cárcel, que palacio de príncipes, que casa de placer.

Pero yo te maldigo porque no desfalleces y prestas libertad a las mujeres que aprisionas.

Eres avariciosa.

Lo que entra en tí ya no se vuelve a ver.

¡Suelta, maldita, a la mujer que halló en el mundo desengaños tremendos!

¿Quién te ha dicho que desde ahí se ve mejor a Dios y se le quiere más?

Junto a mí, esa virgen que se va perdiendo como papel abandonado, podía llegar a ser gran santa, siendo esposa y madre.

Y en tus entrañas, ¿qué podrá ser siempre?

Lo que tú: Fea, silenciosa, como rosa marchita sin recuerdos.

¡Derrúmbate, oh casona destartalada y vieja!

Aun cuando causes el dolor que me brindas cuando te contemplo.



Juventud, ilusión

La mujer

Descendió Dios al mundo, plantó un rosal, y como era tiempo de primavera, nació una rosa que hizo sonreír al Señor.

—¡Ya está mi obra en la tierra!—suspiró el gran Mártir.

Y se elevó a los cielos.

He aquí a la mujer de esta canción.

Se llamaba Rosario.

Al nacer el día

Canta el ruiseñor antojadizo y terco.

Como Rosario comenzó a vivir.

¿Para qué acomodarse a los pareceres de los padres, cuando el alma se llama volandera y todas las patrias para ella forman una misma?

—¡Hija, hija—le decía su padre—, para llegar a ser mujer, mujer buena, esposa, madre, no son

necesarios los pensamientos bellos de lo desconocido. Detén, detén los vuelos de tu corazón y amóldate a vivir como nos manda el mundo. ¿De qué te sirven las locas ambiciones del alma, si la pobreza de los cuerpos triunfa más en el siglo?

Rosario se reía, aparentando atenta.

Pero su alma, de niña que adivina, no admitía consejos.

Y volaba...

Hasta llegar a lo desconocido, que era el pan de su espíritu.

Quería hallar a Dios.

Que le sentía dentro de su espíritu.

Y se apartaba del vivir cotidiano.

Que le creía mentiroso, cobarde, criticón.

A pleno sol

—Si es que me quieres bien, besa mis labios. Así hablaba Rosario.

Toda amor, lealtad.

Y su novio (novio del siglo xx), avergonzado y saltarín, entonaba su canción de cariño:

—¡Nena, diablesa, picaruela! Mis besos son las frases sonoras de mi corazón. Dormir besando, es besar a la vida, que es sueño, muerte.

¡Rosario y Néstor! Dos amantes nuevos que embellecen la historia de los enamorados. ¿Qué importa de otro mundo el infierno si habitamos la gloria de este mundo?

La bruja luna, podría contar un día los amores de Rosario y de Néstor.

Labios en los labios.
Alma junto al alma.
Cuerpo sobre el cuerpo.
¿Pecadores?
Dios los vió.

Cuando la tarde muere

«La soledad de dos en compañía.»

—¿Piensas, Néstor?

—No.

Silencio, desilusión, esperanzas realizadas,
muerte.

¿Por qué los ideales, cuando se hacen carne,
son feos, tristes, pobres y ridículos?

La grandeza de Dios, ¿es por no tener forma
humana?

—¿Piensas, Rosario?

—No.

Y en el jardín sombrío del otoño tristón, los
amantes se envuelven en silencio profundo.

Es el entierro de las ilusiones.

La contemplación del hijo que se soñó travieso
y es tranquilo y triste.

—¿Por qué no hablas, Néstor?

—... No lo sé, Rosario.

Nieve, ventisca, invierno.

Huye la juventud.

En plena sombra

Recuerdos de la lejanía.

Llantos sobre miseria.

—¿De qué me sirvió tener gran alma—gime, Rosario, dolorosa—, si busqué por ella tranquilidad y amor y hallé desprecios y abandonos y risas?

Oraciones de la pecadora.

De la que entregó el cuerpo por entregar el alma y halló burlas y encontró deshonra.

—Señor—gime diciendo—, perdónale su cobardía y sus embustes y no le cierres las puertas de tu Reino. Es como todos, ¡oh, Señor! Ven en nosotras el goce material. Buscan nuestro cuerpo. Yo quise darle el alma y pequé. Huyó cobarde, abandonándome. Solo por mi hijito lo siento. ¿Qué podré decirle cuando pregunte por su padre?

Tristeza de la soledad.

Nieve en Mayo.

Flores sin aromas.

Amores sin amor.

Vida en muerte.

El pecado entona su canción.

La derrota del alma es una carcajada a la vida.



La garita del mal

¡Oh, los centinelas de la casa de Dios!
Vuestros vestidos negros son como noche
oscura.

¡Misterio, misterio!

Se hacen llamar los confesores, y hacia ellos
marchan, en confuso tropel, hombres y mu-
jeres.

Mujeres y hombres que les dicen sus vicios y
pecados, buscando absolución.

¿Por qué? ¿Por qué?

¿Qué sois vosotros, centinelas, que no sea yo,
para cosas tan espirituales?

¿Descendió Dios hasta vosotros y os nombró
sus ministros?

¿No fueron los hombres los que os hicieron de
tal forma?

¿Por qué, entonces, vuestros hermanos se
arrodillan a vuestras plantas pidiéndoos perdón?

¿Quién sois vosotros?

¿Tal vez sois más que hombres?

¿Quién os ha dicho que podéis perdonar las culpas que vosotros mismos cometéis?

¿Vuestro talento?

Mayores que los vuestros se callan.

¿La cobardía de los demás hombres?

Si es así, continuad con la farsa.

Yo me reiré siempre.

Porque al Dios verdadero no se le puede representar sino con el corazón y la conciencia.

Y ni la conciencia ni el corazón necesitan de garita alguna.

Que Dios está en todos los sitios.

Y no necesita de Intermediarios para poder hablar.

—

¡Oh, el día que hombres y mujeres se separen del confesonario!

Entonces, centinelas, quedaréis sin ayuda.

Y tendréis que trabajar como hombres.

Hoy, por el miedo de las esposas y las hijas, sabéis lo que ocurre en los hogares, aún mejor que el marido.

Y en la sombra preparáis vuestros planes.

Y salís victoriosos.

¡Pero ya llegarán los días de derrota!



El señor diablo, rey

Cruzando todas las fronteras y surcando los mares, el señor diablo, es rey.

Porque hay mujeres.

Mujeres de rasgados ojos que hablan de los ardores de su sangre, de la mimosidad de sus labios, de la blancura de sus cuerpos.

Más que Dios, triunfa el diablo en la tierra.

Aquí y allá.

Donde haya un tabarén, un concert, un max'im.

¡Mujeres de la noche, que llevan en sus caricias de voluptuosidad, cirios ardiendo para el altar del diablo!

Porque el señor diablo tiene un altar de sedas y de encajes y de terciopelos aromados con humo de cigarrillos turcos y con cocaína y con éter y bañados con champán y licores.

¡Oh, el gran altar del diablo!

Belleza de un instante, gozo momentáneo.

Y aquí, y en Francia, y en Inglaterra y en España y en todos los países.

Porque hay mujeres.

Mujeres con belleza infinita que nos hacen muñecos con el gesto mimoso de sus labios, con el brillo endemoniado de sus ojos, con el aroma de su piel, con el encanto de su voz.

¡Mujeres, mujeres!

Sois el camerino del diablo.

En vosotras se encierra, y con afeites se disfrazaba de ángel para poder vencernos.

.

Aquí, en Frankfurt, admiro a las mujeres que en el café juegan sus ojos de una forma diabólica.

Yo he visto a estas mujeres en otros sitios.

Son las mismas que en «El Colonial», en Madrid, esperan impacientes...

«Yo, pecador...»



La edad de la novia

- Hoy, la novia se ha despertado triste y pensativa.

En el lecho ha recibido los besos de sus padres y de sus hermanos.

Y ha quedado llorosa cuando los suyos le han felicitado los días.

—¡Qué vieja soy!—ha pensado un poco avergonzada.

Y ha preguntado a Dios:

—¿Por qué corren los años tan de prisa?

La novia está muy triste. Entre las finas sábanas, con el cabello suelto y recibiendo aire en la carne de su cuerpo rosa, recuerda aquellos otros días de juventud, de risas, de flores y de amor...

¡Oh, qué distintos a estos otros!

Piensa en el hombre que partió a otras tierras en busca de fortuna, y en el otro que ha de venir a visitarla cuando la tarde llegue.

—¡Luz y sombra!—exclama—¡Qué vieja soy!

Y llora como una muñequita mecánica.

Después, la ropa blanca cubre su cuerpo rosa.

Y juega entre sus manos un paquetito azul con lazos negros.

Es el ayer, que vuelve...

Y una carta repleta de letrilla nerviosa, pone llanto en los ojos de la novia vieja...

«Cuando pasen los años—dice un párrafo— y tu cuerpo se desmorone un poco, podrás estar enferma, pero nunca vieja. Porque mis besos buscarán a los tuyos y nuestras almas sabrán entonar siempre una canción de amor. La verdadera vida no es sino un gran amor. ¿Seremos viejos alguna vez, chiquilla?»

La novia palidece, llora, siente.

Su cuerpo joven le hace vieja, porque el de ayer no ha vuelto.



En otro mundo

El sol de Mayo bañaba el dormitorio que tus manitas pálidas perfumaban.

Yo dormía aún.

Porque el cansancio de la noche en vela, arañaba mi cuerpo.

(¡Oh, cuántas cuartillas—verso tras verso—habían alfombrado la sala mientras tú dormías!)

De repente, llegaste hasta mi lecho.

Apoyaste tu cuerpo en las almohadas, y al contemplarme, sonreíste con santidad de esposa joven.

Después, tus labios dieron su tesoro a mi frente.

Se escondieron tus manos en mi cabello revoltoso.

Y suspiraste satisfecha.

Más que en el lecho, creí hallarme en el cielo, al lado de la santa más santa, más bella y más graciosa.

Como tú descansabas sobre el lecho, cuidando de mi sueño, no te podías estar quieta.

Y jugabas como juegan las gatitas mimosas.

Hasta que un beso tuyo selló mis labios y me desperté y te sonreí y te besé en la frente como saludo cariñoso.

Tú me llamaste dormilón.

Y me leíste las cuartillas escritas durante la noche.

Y te veía alegre, entusiasmada, mientras los versos, como flores frescas, parecían brotar en el jardín de tu decir primaveral.

Preparaste mi trajecito dominguero.

Abrochaste los puños de mi camisa limpia.

Y me serviste el café dulce preparado por tí.

Como el día era alegre y era fiesta, te pusiste los trapitos lindos.

Y como chiquillos jugueteros, fuimos a pasear bajo los túneles formados por los chopos viejos.

Todos nos miraban con envidia.

Nuestra felicidad parecía molestar a muchos.

Pero tú sonreías como en los días de noviazgo, y yo marchaba serio, serio..., contándote cosas que te hacían reír.

Cuando nos cruzábamos con una parejita de novios, era como el pasado que volvía.

Y dándome un pellizco, exclamabas:

—Así fuimos nosotros, ¿verdad?

Y yo muy seriamente contestaba:

—Más guapos.

Y tú reías, y me pellizcabas, y me embrujabas con tus ojos.

Al encontrar un matrimonio llevando de la mano a los hijos, tú no hablabas.

Pero como yo te miraba con malicia, tú baja-

bas la vista y un color muy bonito se te ponía en las mejillas.

—Como esos hemos de ser nosotros—te dije.

—No fabrican pan para todos—contestaste.

Y noté, como tú, que nuestros brazos se unieron mucho más y que los ojos brillaban demasiado.

Después, ya tarde, cómodos y alegres, comimos entre risas y bromas.

Y después de la siesta, un cochecillo nos llevaba al campo.

A recordar nuestros juramentos de amor.

A esperar al crepúsculo comiendo, en el soto del ventorrillo blanco, pan blando y truchas bien doradas, con ayuda del vinillo claro.

Y ya de noche, buscábamos la sombra, para besarnos como en otros tiempos.

(¡Qué bien saben los besos en las noches perfumadas por recuerdos de juventud!)

Y al llegar a casa...

.
Como anoche, al acostarme, me quedé dormido pensando en tí, mujer, no te extrañe mi sueño.

He despertado ahora, y al verme solo y triste, me parece que he llegado de un mundo que mi alma espera siempre.

¡¡Te recuerdo tanto...!!



La fealdad del tabarén

Luz, mucha luz.

La orquesta es como un griterío embriagador.

Colores rojos, verdes, amarillentos.

Mujeres sudorosas, habladoras, con la carne al aire.

Hombres despeinados, con los fracs desplanchados.

Es un aquelarre.

La belleza se embriaga de luz, de colorido, de alcohol.

—¡Champán, curaçao, ajeno, whisky!

Mil voces que son la voz del diablo.

—Tú, mujer, bésame, muerde mis labios endiablados.

Y la mujer, viciosa, loca, frenética, borracha, chupa, chupa...

¡Oh, el dolor que en la aurora del día tienen los tabaréns!

Sillas y mesas rotas, caídas.

El diablo ríe.

La Locura salta triunfadora.

—Tú, bruja, dame la cartera robada—grita furiosamente el macho a la hembra.

—No, yo no la he robado, fué Emilia, yo no, no.

Gritos de la esclava reclamando perdón.

Pero el macho, el dueño, descarga sus enormes manazas sobre la carne blanca de la cocota satánica.

—¡Perdón, bruto, perdón! Yo no fuí. No la tengo. Mira con quién vas.

Y en un arranque de dolor:

—¡Pega a tu madre, bestia!—dice.

Y cae al suelo.

Y sobre su cuerpo desnudo pasan en carrera bestial los machos y las hembras que ríen...

—¡Ay, ay, ay!—se queja.

Pero el dolor es despreciado.

Sigue la orquesta con sus chillidos incomprensibles.

El diablo suelta carcajadas de triunfo.

—¡Champán, ajenjo!, ¡mucho ajenjo!—piden mil voces.

—¡Ay, ay, ay!—sigue la dolorida.

Y entre luz, colores y aromas de licores alcohólicos, se pierde la belleza de las prostitutas.

Que son apaleadas, reídas, por los dueños, sus machos.

El sol baña a la tierra...

El cansancio llega a vencer al vicio.

Sueño en los cuerpos.

• • • • •
¡Y estas mujeres que han pasado la noche

viviendo el tabarén, se arreglarán de nuevo con colorete y polvos, y volverán en cuanto el día acabe.

¡¡Son bestias!!



Así soy

Como este día juguetón, diablesco, caprichoso.

El paisaje en sombra, gris, triste, negro, hace llorar.

Inspira ideas muertas, cobardes.

Cuando el paisaje quiere alegrarse coquetonamente y el sol besa las casas, y los árboles, y todos los objetos, parece que Dios pasea lentamente por él, y todo es poesía, vida, luz.

Así soy.

Si mi amada, que es el sol de mi vida, besa mis labios, revuelve mis cabellos y me brinda caricias, creo ser el Dante de este siglo idiota.

Cuando mi amada se mece en la tristeza y no me baña con el sol de su espíritu, todo me da igual y lo mismo.

Moriría a gusto.

¿Para qué ser igual que todos?

¡Amada, amada! Que tus labios rojizos no dejen de besar a los míos.

Que los días en sombra parecen mansión de
criminales.

Y yo he nacido para santo.



Dios en la tierra

La luna, mi compañera en el destierro, derrama su bondad esta noche.

Cuando la luna es buena, cubre a la tierra con un manto de plata.

Y hoy es la noche clara, mimosa y dulce, como voz de Ideal.

¡Oh, qué bellos encantos hallo al paso...!

Aquí, es la brisa que juega con los árboles.

Allá, el pájaro trasnochador que canta satisfecho.

A lo lejos, sombras que juegan al escondite, y se tropiezan, y se unen y se pierden.

Y por todos los lados, olor a hierbabuena y a flores.

Dios está en la tierra esta noche.

Al despertarme esta mañana en el banco de piedra que está en el parque, cerca del surtidor, voces femeninas se han burlado de mí.

Muy cerquita, tres mujercitas jóvenes me contemplaban extrañadas.

Y la más pequeña—un copo de algodón, por lo blanca, salpicado de oro, con dos tiznones negros y un poco bermellón, y envuelto en sedas colorinescas—ha llegado a mi lado; extrañada me ha querido hablar, y de repente ha empezado a reír sin poder contenerse.

—¿Qué le pasa a usted, señorita?— le he preguntado con vergüenza.

Y ella ha cesado de reír y me ha dicho muy seria:

—Perdone mi imprudencia, señor. Le he faltado, lo sé. Pero... ¡tiene usted tanta gracia...!

Después, ha llamado con sus manitas juguetonas a las dos mujeres.

—Verá usted—me ha dicho—, son muy buenas.

Ellas se han sentado en el banco.

Y yo, frente a ellas, me deleito en gran admiración.

En los cuerpos de estas tres mujercitas hay todas las bondades de Dios y las picardías del diablo.

—Las tres somos hermanas—dice la pequeña—. Hemos venido a pasear y al verle a usted durmiendo sobre esas piedras nos ha entrado una gana tremenda de reír.

Y me mira riéndose de nuevo.

Yo, al admirarlas, las sonrío también.

—Perdónenos, usted—me dice la mayor—, pero al verle con esos pelos largos y... con esas fachas, roto y sucio, nos ha hecho mucha gracia.

—Pero ahora, no—continúa la hermanita mediana—, porque usted debe de sufrir mucho.

—No, eso no. ¿Habrás quien tenga, como yo, dormitorio más lindo?

—En este tiempo no es muy fácil—me dice la mayor.

—Ni más incómodo—sigue la pequeña.

Y la mediana me mira tan extrañadamente que la digo:

—Yo soy un pobre artista, señoritas.

—¿Poeta?—pregunta la mediana.

—¿Músico?—sigue la pequeña.

—¿Tal vez pintor?—concluye la mayor.

Yo las sonrío a todas y las digo:

—Yo hago versos...

La mediana me mira y creo que me besa.

Después me obligan a que las cuente despacito mi vida.

Y según voy contando, noto que mis tres amiguitas se ponen demasiado tristes.

—¿Y por qué no se cuida?—me pregunta la hermanita mediana.

—Pues... no me cuido porque entonces no podría hacer versos. Podría vivir bastante cómodo, pero entonces, entonces no sería poeta. La poesía, señorita, es bastante orgullosa y como sus hermanas las mujeres, no concibe que el hombre reparta su cariño entre ella y otra... Ser médico y poeta, o ejercer una profesión cualquiera y hacer versos, es un insulto al Arte. O ser, o no ser. Yo solo sé hacer versos, y no quiero hacer más. Y vivo bien. Algo apuradillo cuando el frío

llega... Pero en este tiempo y con despertar tan poético...

La hermana mayor y la pequeña, sonríen.

La mediana suspira.

—¿Hasta mañana?—las pregunto.

—¡¡Hasta mañana!!—me contestan ellas.

Dios no ha dejado la tierra, todavía.



“Luna-Park”

Colores raros.

Es la pintura impresionista que se mete por los ojos sin rozar el alma.

Es como en las fiestas de las provincias españolas.

Como en las verbenas madrileñas.

Hay circos y casetas donde se presentan rarezas, y tiros de pichón, y tíos-vivos, y cucañas, y montañas rusas.

Hay de todo.

Merenderos aristocráticos, puestos de bebidas y restaurants de lujo.

El paisaje es como un cuadro de belleza y de arte.

Hombres y mujeres en confuso montón.

Risas y sedas formando un ramo de flores algo raras.

Cohetes y música.

Es como si mil diablillos danzasen caprichosamente.

Fuegos artificiales.

En el estanque, naves engalanadas con farolillos de papel de seda.

Ríe la muchedumbre, entusiasmada.

Los camareros, fáciles servidores, dan voces, se desesperan, van y vienen...

«Ganarás el pan con el sudor de tu frente».

Aplaude el público, entusiasmado, a dos equilibristas que bailan en un alambre puesto a gran altura.

¡Luz, música, risas y olor a flores!

Un surtidor colorinesco es la admiración de los niños.

La noche es clara, estrellada.

El cielo, azul.

¡Qué bién estaríamos tú y yo, nenita, perdidos entre la arboleda que resguarda al restaurant aquél!

Faltan en la fiesta besos, suspiros y palabras mimosas.

Faltamos tú y yo, nenita.



Tú y yo

Leyendo a Dante me acordé de tí.
Porque al recordar a Beatriz, ví tu nombre en
el suyo.

¡Linda historia de amor!

En las tierras de Italia, amada mía, un
gran poeta antiguo hizo de su vida un re-
cuerdo.

Recordar un amor es amar siempre.

Sin el amor de Beatriz, Dante, el genio, no
hubiese sido gran poeta.

Yo, sin tí, sería un mercachifle con las manos
callosas y el corazón mudo.

Bien pensando, más me hubiese valido.

Que sentir es morir.

Porque la gente se te ríe.

Y la carne adelgaza.

Pero como Dante (¡perdonad, oh maestro, mi
comparación, que es solo como amante!), he
hallado a Beatriz, que eres tú.

Y estás al lado mío.

Y no tengo que llorar, como Dante, tu huída de la vida.

Y creo en Dios, porque me hizo poeta.

Y me dió lira y Musa.

Y nos dió juventud y cuerpo fuerte para poder luchar contra los vendavales del vivir.

Amada: Cesemos de reír un instante y recemos con la rodilla en tierra por las almas del poeta italiano y de su Musa.

No, así no.

Esas oraciones las dice gente de toda condición.

Reza conmigo.

Así:

«Señor: Porque amó, supo del sufrimiento. Porque amó, fué poeta. Porque amó, fué rebelde. En el destierro estuvo por amar. Su vida fué el jardín del amor. Danos toda esa vida para ganar tu Reino».



Ellos y yo

Como el pueblo es pequeño, todo en él es farsa, críticas y deseos de hablar...

Ahora es Mayo.

Ellos forman gran procesión para ofrecer las flores a María.

Y me insultan porque no formo parte de su cofradía.

Dicen que iré al infierno.

Y que no triunfo, como yo deseo, porque Dios me castiga.

¿Será verdad?

—Yo no ofrezco flores a María—les digo—porque no me sobra ninguna de las que regalo a mi amada.

Y ellos se persignan y me llaman muchas cosas feas.

Yo sé que me odian.

Y que gozan cuando mis escritos no gustan.

¿Por qué será?

Ellos llegan a casa del Señor y se agolpan

frente a los altares donde dicen que se encuentra la Virgen.

Y muchas veces, como la luz es poca, no se comportan santamente...

Yo no los recrimino, ni los insulto, ni los hablo siquiera.

Ni los indico que pararán en el infierno.

Yo voy donde mi amada, que es mi virgen.

Y para expresarla mi cariño la ofrezco flores que ella besa y me obliga a besar.

Sin pensarlo, nuestras cabezas se unen demasiado.

Y en silencio rezamos...

Yo la hablo de un hogar tranquilo, con las puertas cerradas para los sacerdotes y los frailes.

Donde Jesús nos recuerde, a cada momento, su doctrina, casi perdida en estos tiempos bárbaros.

Y ella me canta sus esperanzas todas.

La de ser esposa.

La de tener un niño rubio que sea fuerte de espíritu y de cuerpo, un muñeco rebelde, que lleve a todos los sitios de la tierra y del mar y del aire ideas sin farsas ni egoísmos.

Un hombre no fanático, con corazón grande y noble, que haga por la fuerza lo que no consiga por razones.

—
Y ellos me insultan.

¡Oh, si supieran que yo los compadezco!



Los labios pálidos

Me he mirado al espejo.

Porque mis cabellos revoltosos no querían ser buenos, y el peine luchaba contra los enredos.

Al verme en el espejo, me he puesto triste, triste.

Mis ojos se hunden sin piedad.

Los pómulos salientes me hacen feo, muy feo...

Más de lo que soy.

Y los labios se han puesto pálidos, muy pálidos, como flores marchitas.

¡Oh, sol de España!

¡Aires de mi vieja Castilla!

¡Besos de la amada lejana!

En esta soledad, sin besos, sin caricias, sin alegría que diga al corazón cuentos raros, estoy triste, triste, como novia que espera, como niño enfermo, como amante burlado.

Mis labios palidecen.

Mis ojeras se agrandan.

¡Amada, amada; pon en tus cartas el aroma
de tus besos santos!

Para que la vida me sonría.

Para que la fuerza vuelva a mi juventud.

¡Sol de mi España!

¡Aires de mi vieja Castilla!

¡Besos de la amada lejana!

¡Oh, qué palidez y qué tristeza guarda la dis-
tancia!

¡Amada, amada; esconde entre tus labios la
flor bella de tu jardín de amor, y envíala hasta mí!

Para que huela a España.

Para que huela a tí.



Diálogo en la noche

Ella y yo.

Mes de Agosto.

Por las tierras de la vieja Castilla.

Lejos de la ciudad.

Entre los chopos silenciosos.

Terminó la merienda.

Y las manos de ella se enlazan con las mías.

Y nuestros ojos entonan una bella canción.

—¿Me quieres mucho, ¡mucho!?

Las palabras de mi amada sencilla, caen en mi corazón como lluvia de besos.

—¡Mucho, mucho!

Y mis labios buscan la frente de mi amada, silenciosamente.

Ella calla, al recibir mis besos.

Y mi joven corazón da brincos de contento como si recibiera la bendición de Dios.

—Eres el tiempo bueno de mi vida—le digo.

Y al besarla de nuevo, parece que la luna se esconde entre los árboles, y mi amada tiembla.

Y sus manos separan, cariñosamente, mi cuerpo de su cuerpo.

Y brillan nuestros ojos.

Y no sabemos qué contarnos.

Es el Temor que cruza...

—
Ya de retorno a la ciudad.

Se oyen coplas amantes de los pastores que van hacia el descanso.

Cantan los pajarracos.

Las sombras nos dan miedo.

Más que las sombras, nuestros pensamientos, tal vez.

—¿Qué han de decir todos los que nos vean?
—me pregunta mi amada.

—¿Qué han de decir?—contesto—. Palabras y palabras, no más. Unos, en bien nuestro; otros, en contra nuestra. Es la vida.

—Sí, dices bien, pero... ¿no es pecado lo que hacemos?

—No, no es pecado. Pudiera serlo. Pero aún no. Ni podrá serlo nunca. Porque nos une el alma. No es el vicio de la carne pobre el que nos une. Es el Amor. Cuando mis labios buscan los besos de los tuyos, no es el Vicio quien llega, es el Amor que llama. Yo no quiero tu cuerpo. No es el deleite de un instante quien me lleva hasta tí. Es el goce espiritual de muchas horas. Si mi cuerpo cayese sobre el tuyo en actitud salvaje, toda mi vida se rompería sin piedad. Porque ante el deseo satisfecho ya no hay ilusiones, ni esperanzas, ni sueños. Y mi vida, toda entera, es eso: Sueños, ilusiones, esperanzas.

—Sí, eso es bueno, santo. Pero eres tú solo quien piensa de esa forma. ¿Y la crítica de todos los demás?

—¡Crítica! ¿Y qué sabe la crítica? ¿Y quién se salva de los criticones? Si haces bien, como a muchos les parecerá mal, éstos han de criticarte. Si haces mal, como a muchos les parecerá bien, éstos te aplaudirán. ¡¡El mundo...!! En la vida no hay más que una verdad hermosa: el Amor. Pero el amor humano, sin intereses, sin malos pensamientos. Como el que a tí y a mí nos une desde ahora; como el que enseñaremos a los hijos, cuando les tengamos sin necesidad de habernos escondido... ¡Crítica! Corazón y conciencia, solamente.

Mi amada sonrío bonachona.

Y sus brazos me aprisionan fuerte.

Y sus labios estampan en los míos un beso, que es más una oración.



En casa de Goethe

Hace un sol espléndido.
Es día de fiesta
Los comercios están tristes, solitarios, mudos.
Por la calle corre la muchedumbre llevando a
flor de labio la sonrisa santa de la libertad.
¡Día de fiesta! ¡Día de libertad!
Cuando el ser es personal y entona un himno
al buen capricho.
Pasan por las calles, mecidos por la música
alborotadora, los equipos gimnásticos.
La gente les sonríe agradecida.
¡Oh, los seres de los tiempos futuros!
Fuertes, musculosos.
Parece que se ensayan para otra guerra atro-
nadora, fuerte, irresistible.
Yo voy a visitar la casa del poeta.
¡Werter, Germán y Dorotea!
Y me descubro en el umbral de la casita vieja.
¡Goethe, Goethe!
Piso con silencio, admirador, respetuoso!

¡Oh, las estancias solitarias, mudas...!

¡Pero cómo hablan a mi corazón este museo, y estos muebles, y el jardín diminuto donde soñó Goethe!

Y me entran unas infinitas ansias de luchar, para que en otros tiempos la muchedumbre admire los retratos de mis familiares, y ría ante mis manuscritos borrosos, y se romantice ante los dibujos de las mujeres que supieron oirme.

¡Goethe, Goethe!

Donde estés, recibe mi saludo de admiración y de cariño.

Y vosotras, Lili, Lotte, Marianne, vida espiritual del poeta, vedme a vuestros pies, siendo bueno, bueno, para poder ganar el cielo con ansias de encontraros.

Dejo la mansión del poeta.

Cuando el sol me saluda, oigo en mi interior una risa satánica que me quiere decir:

—No sueñes, que no has nacido para ser otro Goethe.

Y me conformo con recordar los labios de la amada, que se abren sonrientes como una flor en primavera.



La escuela de los odios

Es la hora de brujas.

Esa hora cuyo recuerdo duerme en mi corazón, porque en días de dicha y opulencia, allá lejos, en el hogar paterno, me decía mi hermano para burlarse vengativo:

—¡Son las doce, pequeño! Las brujas danzan. Ve a hablar con ellas. Ve a besarlas. Anda. Corre. ¡Ja, ja, ja!

Aquella risa ha sido y es como una voz de amada, para llevarme a batallar.

Y al oír a mi hermano, yo caminaba pensativo hacia mi lecho blanco.

Eran las doce de la noche, y las campanas llamaban al descanso.

¡Cuánto soñé con brujas entre las limpias sábanas de mi lecho blando!

Ahora, apartado de la mansión del bien, de la mansión aquella que mi madre cuidaba, paseo la ciudad, porque mi lecho de ahora hiere mi

pobre cuerpo más insensatamente que la nieve que cubre a la ciudad.

(¡Oh, madre, madre bondadosa, santa, bella, que quisiste apartarme con tus frases dulces de los mordiscos que la vida solitaria concede! ¡Quién pudiese, oh, madre, volver a tu regazo y bañarse con los besos de tus labios marchitos! ¿Por qué habré sido así? ¿Por qué Dios depositó sus besos en mi frente para hacerme mártir?)

Dan las doce.

Yo sentía dentro del corazón las palabras de las brujas.

Era en los tiempos mozos.

Cuando recibía las caricias de mi hermano mayor.

Pero no creía en las brujas.

No las había visto.

Hoy, sí.

Que sus mordiscos me van quitando el alma cuando camino pensativo por la ciudad en sombras.

¡Cuántas brujas!

Brujas de dolor, de vergüenza para la sociedad.

En todas las esquinas de la gran ciudad salen a mi paso con su frase canalla:

—¿Vamos, nene?

¡Oh, yo me avergüenzo ante esta pobre carne que se vende por el puñado pobre de calderilla despreciable!

¡Frases de un triste amor sin besos, sin flores, sin alma, sin fe!

¡Oh, Señor! ¿Por qué separas el alma de la carne cuando la carne por sí sola es brutalidad, idiotez, arma de salvaje, gran espejo satánico?

En todos los huecos que la calle deja, sobre la frialdad del pavimento, enfermos, haraposos, brutos, tristes, mal olientes, duermen los mendicantes despreciados.

¿Por qué, por qué, gran Dios?

Y pasan junto a ellos señores graves en cuyos brazos descansan meretrices que engalanan sus cuerpos.

¿Por qué? ¿Por qué?

Yo sé bien, ¡oh, Jesús!, que no eres culpable de todo esto. Si no estuvieses en el Trono Celestial, serías un gran hombre, y ni como hombre eres capaz de tal infamia.

Desciende, Jesús, al lado mío, y hagamos guerra a tus representantes, a los que se amparan en tu doctrina buena para, siendo cobardes y mentirosos, ocupar altos cargos de este mundo mentiroso y cobarde.

¿La mujer no es algo más que carne?

¿Todo ser racional no merece un esfuerzo para que no muera en el arroyo?

Arrojaste a los mercaderes de los templos y de nuevo han sabido apoderarse de ellos.

¡Farsas, poco corazón, poca hombría!

He aquí lo que tus representantes dicen que es tu doctrina santa.

¡Guerra, guerra!

¡¡Hay que derrumbar la escuela de los odios!!



Las buscadoras de oro

Son aquí, en Frankfurt, lo mismo que en Berlín, que en Madrid, que en París, que en todos los lugares.

Porque el diablo tiene el mismo decir en todos los países.

Y en todos los países, las buscadoras de oro llevan al diablillo en el cuerpo.

Son buenas muchachas con cabecita soñadora.

¡Sedas, joyas, terciopelos y colores impresionistas!

Reinas del colorete y los perfumes.

Gatitas con mimosidad, que arañan encantadoramente.

No irán al infierno.

Porque entregan su cuerpo.

Y el alma vuela por senderos entrelazados y escondidos buscando el cielo.

Caronte se pone triste recordándolas.

Porque pierde miles de pasajeros.

Y su alegría es remar mucho, mucho, camino del infierno.

Las buscadoras de oro tienen el encanto de la malicia charlatana.

Son llamas de colores hermosos que atraen, subyugan y vencen abrasándonos.

¡Oh, muchachitas de los café-concerts, de los Ba-ta-clans, de los tabaréns, de las mansiones escondidas en las horas nocturnas!

Vuestra carne suele ser blanda, blanda...

La vejez prematura escribe en vuestro rostro aun a pesar de los afeites.

Y vuestros huesos chirrian escandalosamente doloridos en las danzas grotescas.

Vuestra piel pierde la tersura de la juventud cuando la juventud aún sigue...

Pero vuestra alma niña no pierde la pureza ni el encanto del desconocimiento.

A pesar de la podredumbre de la carne.

Porque en los besos no ponéis más que gesto...

—
¡Buscadoras de oro!

Sus cuerpos, como el mío, pararán en polvo.

Pero su alma gozará de los encantos de la eternidad.

Porque siendo niñas soñaron con lujos y comodidades.

Y ningún hombre se los dió con cariño.

Y los tuvieron que buscar en muchos.

Y hallaron desprecios, e insultos y golpes.

Y lloraron.

Y nosotros, los hombres, no lloramos y damos nuestro cuerpo al capricho.

P R O S A S L O C A S

Y si hay cielo, o está deshabitado por seres de este siglo, o las bellas buscadoras de oro están en él.

Porque Dios manda padecer en la tierra.

Y desde el Papa a mí, como hombres, intentamos y conseguimos muchas veces vivir la vida con comodidad, risueños y felices.

Y las cocotas...

Tienen un tiempo de buena primavera.

Pero después...

¡Las buscadoras de oro van al cielo!

¡¡O no le hay!!



¡Si pudiese ser otro...!

Hay una lucha en mí que me pone demasiado triste cuando es fuerte. En esos días que hay ventisca en el alma, la lucha crece y va venciendo al cuerpo.

¡Lucha dolorosa que me hace llorar sin soltar lágrimas porque es el llanto del corazón quien canta!

Es lucha cruel que no puede explicarse con satisfacción.

Pero quiero decírtela, para que tú también sientas conmigo, y así, juntos, ¡muy juntos!, como si nuestros labios se durmieran besando, hallemos el encanto del dolor repartido.

Escucha:

Mi cuerpo es de este siglo.

Pero no mi espíritu.

He aquí la lucha bárbara que me obliga a sentir...

Si yo hubiese vivido en tiempos de *Cyrano*, sería un héroe de novela romántica.

Como adoro a las flores, a los pájaros y a los niños, hubiese sentido gran amor por una dama de los tiempos hermosos, cuando en la punta de la espada se hallaba la victoria en amores.

¡Oh, si tú y yo, en lugar de encontrarnos en este siglo de la trapisonda, nos vemos en la época galante...!

—¡Vive el Cielo—te hubiese dicho—que doy mi salvación si vos me concedéis un beso.

Y me le hubieses dado, porque mis lances y mi charla de burlador enamorado de la muerte, hubiesen tejido gran historia de popularidad.

Y así, hallándonos en esta época de farsas, mi alma sale sobre la realidad y muchas veces deja mi pobre cuerpo para que pueda vivir como los demás viven.

Y he aquí la lucha:

Siglo veinte contra siglo diez y ocho.

La edad del egoísmo, de la farsa, de la ridiculez, del señor estómago, contra aquella otra de los lances de amor, de la franqueza, del romanticismo, de las grandes pasiones, de las damas enamoradas y de los galanes valientes.

¿Quién vencerá a quién?

Cuando miro tus ojos, beso tus labios y aprisiono tus manos, me entran unas ganas terribles de luchar.

¿Quién vencerá en la lucha?

Yo te juro que haré los posibles por salir triunfante. Por cada beso que me des, he de es-

cribir unas bellas cuartillas, que por ser muy bellas, han de oler a tí.

Y si las gentes de este siglo no quieren admitir las palabrerías del tiempo de *Don Juan*, mucho peor para ellas.

Porque en nuestro hogar, pese a quien pese, mientras me quieras tú, habrá siglo XVIII:

Pájaros, rosas, niños, en el alma:

Frases de amor, murmullos, besos, en los labios...

Aunque para conseguir esto tenga que regalar al diablo treinta años de mi vida.



Quando estoy en el cielo

No es preciso vivir en santidad completa para, al morir, poder llegar al reino de los cielos.

No es después de muerto cuando se llega a conocer a Dios.

Es en vida.

Quando somos hombres.

Porque entonces tenemos corazón.

Y debemos conocer a la vida.

Vivir es reinar.

Porque todos tenemos nuestro reino.

Representamos a nuestras acciones, a nuestros pensamientos.

Y somos responsables (aunque el rey no lo sea).

Por esto, aquí, en la tierra, se encierra lo desconocido.

Es una trilogía:

Infierno, Purgatorio, Gloria.

Hay hombres y mujeres que se encierran en todos los lugares.

Yo suelo vivir en un completo infierno.

Porque discuto con las amistades.

Y formo sociedad.

Y me critican amigos y enemigos.

Y porque me miran con extrañeza grande las mujeres de la aristocracia.

Y aplauden mis ideas los camareros a quienes doy propinas...

Pero hay días que vivo en el reino del Todopoderoso.

Son días de juventud florida.

Cuando mi amada charla con el corazón en los labios y aun en silencio entona canciones de amor sincero, rebelde, fuerte, mimoso y femenino.

Sin las frases románticas, que son como papel de seda en las tardes lluviosas.

Sin frases de novela cándida, que dan la sensación de emociones sin inteligencia.

(¡Oh, el sentir sin comprensión alguna cuando el alma es reina!)

Cuando mi amada me sonríe contemplativa, mimosa, santa y virginal, creo que un coro de ángeles desciende hasta mi lado y me enseña canciones que son flores espirituales que Dios cuida a cada amanecer.

Y estoy en plena Gloria.

Y las críticas de mis amigos, por mis cuentos románticos, suenan en mis oídos como la hojarasca en otoño: involuntaria, tristemente...

¡Señor: no separes de mí a esta amada mía si es que deseas tenerme a tu lado para siempre!

El arte de las malas artistas

Primera edad

Se contempla y hace gestos graciosos ante el espejo, que es como una alcahueta.

—Soy hermosa — dice contemplándose —. ¿Por qué no triunfar?

Y como sueña con aplausos y admiraciones que la lleven al triunfo, la mujer—Gloria, Enriqueta, Carmen—dice a sus familiares:

—Escuchad esta canción tan bella que aprendí en el Teatro:

Y canta alegremente.

Hace gestos de gatita mimosa, mueve los brazos con elegancia, y guarda ritmo, y los familiares aplauden.

—¡Está bien, está muy bien!—afirman.

Y los padres, hermanos y parientes, aplauden amorosamente a la artista futura.

Y no se preocupan de educarla en el arte.

Segunda edad

Tablado grotesco, de tabarén, de maxim, de local de juego.

Hace primeros números.

Y la artista—Gloria, Enriqueta, Carmen—escucha aplausos porque el público admira su belleza.

Los literatos escriben largos artículos ponderando la blancura de su carne dura...

El público común vocifera para que presente su cuerpo en un desnudo provocativo, sexual y canallesco.

Los grandes hombres—grandeza de fortuna—se encabritan por la fuerza de un amor de gran macho.

A la puerta del camerino de la novel artista, llaman, como machos orgullosos, los hombres que son dueños del oro.

Y la artista abre de par en par las puertas de su cuerpo.

Que son las puertas de su camerino.

Tercera edad

Cocota desvergonzada.

Dejó al arte, porque todo su cuerpo se ha vendido.

Fué artista porque necesitaba presentar su belleza en las gradas de los escaparates donde se muestran los objetos caprichosos y provocativos.

Sus brazos son llaves que aprisionan.

Sus ojos, focos que anuncian al placer.

Todo su cuerpo es carne fofa que se cubre
con el arte de la vestimenta.

Que era su verdadero arte cuando soñaba en
ser artista.



El mejor hijo

Dicen que soy culpable de que me emborrache locamente y ande como idiota.

¿Por qué?

Yo quise ser un padre bondadoso y creyente. Un buen padre que soñaba con un hijo travieso que me hiciera gozar.

Un hijo espiritual: no de carne y hueso.

Un hijo que no tuviese que llegar a la vida y hacerse hombre y sufrir las inclemencias del mundo.

Y soñé con un beso.

Porque el beso es nuestro hijo primero.

El bueno, el sabio, el santo, el que da bienestar a nuestro espíritu y nos empuja a luchar...

Es el principio del verdadero hijo.

Del que es carne de nuestra propia carne y lleva por sus venas sangre de nuestro cuerpo.

Cuando la esposa es madre, su hijo es de hueso y carne.

Cuando la mujer llega a novia, el beso es

alma de su alma, fuego de sus amores, luz de su entendimiento.

Yo quise un hijo todo luz, alma y fuego...

Pero mi amada caprichosa era asustadiza, cobarde o insensible.

Porque una noche bella, silenciosa y de luna, supo destrozar mi corazón de niño diciendo, tal vez, una verdad:

—No te doy un beso. No te lo daré nunca. Pero ¿qué sientes tú en un beso? Besarse es cosa de chiquillos. Yo no siento nada. No sufro sensación alguna. Me molesta bastante.

Callé. Sufrí. Lloré con toda la fuerza de mi corazón.

A pesar de que mis labios sonreían y mis ojos no querían bañarse.

Y aquellas palabras me convirtieron de hombre en macho.

Y, desde entonces, me insultan y me ultrajan porque me emborracho y ando como idiota.

Seguro estoy de que todos cuantos me recriminan han nacido sin alma, y si la tienen, no han recibido en ella duros golpes de muerte.

Porque la vida de algunos hombres criticados es como la mía.

Hogar matrimonial deshecho, odiado y maldecido.

En él no queda más que el placer de la carne.

El placer de los brutos.

El alma se ha retirado del hogar.

Porque no hay hijos.

Y los hijos son las obras del alma.

Aun cuando sean invisibles o feos.

El dolor de ser buena

¡Margarita!

Triste y pálida, es una enferma que al sonreír parece que se queja.

Es como si la Desgracia la besara en la frente a pleno sol.

¡Y es tan bella...!

Sus amigas la tienen mucha lástima y se ríen de ella cuando la recuerdan.

¡Oh, qué vestidos más pobretes y antiguos cubren las blancas carnes de Margarita, la triste y pálida!

Obligan a los hombres a hacer chistes canallas.

Y a las mujeres a reír despreciativamente.

Y Margarita, silenciosa, buena, sigue caminando tristemente como si reconociera las faltas que hacen despertar a la Burla.

Un hombre, solamente uno (tal vez el único), se ha aproximado a Margarita y le ha cantado amores.

Ella le ha sonreído.

Y sus ojos se han hinchado de felicidad.

Y sus labios han tenido un gesto de clavel besucón.

—¡Qué bueno es Dios!—ha dicho Margarita.

Y sus ojos han mirado a la tierra.

Porque los ojos del amante, al mirarla, ponen en sus mejillas fuego de esperanza y de felicidad.

—

¡Otra vez el invierno dentro del corazón de Margarita!

Pasó su primavera.

Como el pajarillo que abandona el nido, para no volver más.

¿Por qué, gran Dios?

¿Qué pones en la inteligencia de los hombres?

¿Por qué solamente leen con los ojos?

¿Es que la vestimenta de las gentes es el camino de la vida?

¿Es que somos payasos que hemos de hacernos admirar y aplaudir por los colorines de nuestros trajes ridículos y degenerados, o por el talento, sabiduría y arte que encerremos?

¿Es que dejamos ya de ser personas y el mundo va llegando a su fin?

No hay razón, gran Dios, no puede haberla, para que Margarita sufra y esté triste y pálida.

Y se vea reída por todas las mujeres y despreciada por los hombres, porque sus botas sean anchas y toscas y sus vestidos largos y cerrados y sus medias fuertes, y su peinado de mujer honrada.

¡Quién sabe si un día, fatigada, rendida, Margarita hará caso a la canción del diablo que todas las noches oye al pie de su alcoba!:

Da tu cuerpo al que le pida
si va a vestirle de seda.
Así morirá Tristeza
y el gran dolor de ser buena.

Al fin... ¡¡hay tantas!!



Allá lejos...

La noche es triste como una novia enferma.

Quiero hallar consuelo entre estas flores que aroman el jardín, donde otras noches he visto parejitas de enamorados charlatanes.

La ciudad parece que está muerta, como el jardín florido.

Frankfurt descansa.

Nadie anda por las calles.

Solo yo, que busco la belleza de la soledad, para que mis locuelos pensamientos corran, vuelen y lleven y me traigan esperanzas, consuelos.

¡Oh, los recuerdos de la larga distancia!

En el tapiz del cielo veo cómo titilan las estrellas.

Y me parecen que me quieren hablar.

Y las contemplo y las sonrío preguntándolas con el corazón:

—¿Véis a España? ¿Distinguíis a Castilla?

Y ellas titilan y titilan como si quisieran decirme:

—Sí, allá está España. Y vemos a Castilla, también. Y en Castilla a tu amada que nos contempla muda, desde la ventana florida donde te espera siempre, como si quisiera consultarnos algo...

—¡Oh, estrellitas!—las digo—. Haced mimos frente a la ventana florida; mandad a vuestra compañera la luna que la bañe con sus rayitos pálidos, y contempladla luego, si llora, si sonrío o suspira.

Se esconden algunas estrellitas como avergonzadas de mi decir.

Yo espero, espero...

Pero no escucho más que la música del aire al chocar en las hojas de los árboles altos...

Sigue durmiendo la ciudad.

Sueñan las flores en el jardín público.

Y allá lejos...

¡Quién sabe si esa estrella que titila graciosa nos ve a los dos: a ella y a mí!

Y es su movimiento envío generoso de besos.



La hora del silencio

Cuando la ciudad calla, al nacer la tarde, por los meses de sol y de verdor, los seminaristas caminan silenciosos.

Forman larga fila, de dos en dos.

Y bajo la arboleda de los paseos solitarios, parecen sombras de otro mundo.

Ojos sin luz.

Labios sin frescura.

Cuerpo sin juventud.

La tristeza parece que se ríe de ellos.

Y ellos inclinan la cabeza a la tierra como si hubieran nacido para aborrecer, para despreciar...

¡¡Y son hombres!!

Como es la hora de trabajo, cuando los seminaristas pasean, las modistillas los contemplan con pena, mientras van al taller.

—¡Pobrecillos!—piensan.

Y a algunas las entran unos fuertes deseos de llorar.

Porque son mujeres.

Y han nacido para querer.

Y sueñan con ser madres.

Y tener un muñequito rubio que lleve carne de su carne, sensibilidad, valor, fuerza...

¡Con qué pena ven pasar las modistas a los seminaristas!

¿Qué se anidará en los cerebros y en las almas de estas mujercitas cuando los contemplan y se ven tan solas?

Llegan a pensar, creo yo, en que no es necesario ser tan santo...

Ministros del Señor, adelantarían algo más, siendo hombres.

Porque... ¿con qué derechos hablan de amor divino cuando voluntariamente desprecian el humano?

.....
Cuando veo pasar a los seminaristas pienso en mis hermanos de raza y en mi Patria y no puedo menos de exclamar:

—¡¡Pobre España!!



Carta a una mujer

Esta mañana, al levantarme, he leído tu carta.

Es sincera y fuerte como tú lo fuiste en otros tiempos.

Dichosos tiempos de esperanzas realizables en los que tú y yo creíamos en un amor sincero.

¿Dónde se fueron las horas de ensueños y quimeras?

Cuando esta mañana, al despertarme, he rasgado el sobre de tu carta, un escalofrío ha obligado a mi cuerpo a tiritar.

Y por mi frente corría un sudor frío, que era como caricias de la Muerte.

Y es, querida, que una fuerza invisible me obligaba a recordar tiempos pasados.

Aquellos tiempos—¿los recuerdas?—en que tu y yo éramos como seres de un mundo idealizado.

Entonces corríamos por las praderas, en las tardes castellanas de cielo azul, y nuestros besos

y nuestras caricias eran un bálsamo consolador para nuestras tristezas.

¡Cómo cambian los tiempos!

Esta mañana, al rasgar el sobre de tu carta, he sonreído algo burlescamente.

Y cuando tu letra menudita ha entrado por mis ojos, descendiendo al alma, he sentido grandes deseos de llorar.

¡Oh, la tristeza de haber perdido la alegría de la juventud!

¡Y la gran desgracia de la separación de los cuerpos cuando las almas se unen cada vez mucho más!

«¿Por qué no quieres que nuestros labios se unan otra vez y para siempre?»

Así dice tu carta.

No, no, nenita. Eso, nunca.

¿Es que tú no sabes lo que eres para mí?

Si Dios pudiese descender al mundo y me tomara de mi brazo derecho, estando tu colgada del izquierdo, ten a buen seguro que, no pudiendo con la carga completa, diría a Dios:

—Perdón, Señor, pero mi vida es ésta.

Y te abrazaría sin avergonzarme.

Y no es pecado mi pensamiento loco.

Porque en tí está el Señor y, cuando ríes, parece que me bendice y me deja limpio, para ganar su Reino.

Pero, por esto mismo, no me recuerdes el pasado ni digas que llegue a tí para besar tus labios.

Desde mi destierro te quiero tanto, ¡tanto!...

P R O S A S L O C A S

Sin estar a tu lado, sé lo que debes ser, lo que para mí fuiste.

Y no quisiera verte de otra forma.

Porque yo te recuerdo santamente, limpia de cuerpo y alma, hermosa y parlanchina, y me daría pena verte vendiendo girones de tu cuerpo.

¡Le veneré tanto!...

Y no pienses demasiado en mi tristeza.

Te juro que no se encuentra junto a mí.

Eres la ilusión de mi vida, toda mi vida entera, porque te creo como yo te soñé.

Y aunque me abandonaste sin decirme adiós, no te guardo rencor alguno y te sigo queriendo con las mismas ilusiones que en los tiempos perdidos.

Porque te creo buena, aunque hayas perdido la bondad.

¿Qué importa lo que somos si tenemos recuerdos de lo que fuimos algún día?

Si yo llegara, como dices, a besar tus labios, te encontraría tan distinta de como yo te veo en mis recuerdos, que lloraría como un pobre chiquillo.

No te extrañe todo esto.

Como para mí fuiste seda y hoy eres percalina, la sensación de verte me dejaría mudo.

Y no olvides que yo vivo de lo que fuí, no de lo que soy.

Por esto, no esperes que mis labios descansan en los tuyos.

Aún guardan el aroma de la santidad que los unieron otros días, y no quiero que se manchen amás.

Insúltame, despréciame.

Pero no olvides nunca que ese camino que emprendiste tiene muchas zarzas.

Las que te expliqué.

Tu felicidad está en morirte a tiempo.

Yo te lo deseo.

Y que Jesús lo quiera.



La alegría del pueblo

Pueblo de Castilla.

Limpio pueblo de leyenda guerrera.

Antes alegre.

Hoy triste.

Es el viejo melancólico pueblo que tiene en cada piedra una historia.

En los meses de invierno, blanco y triste, porque la nieve le bendice.

Y en los de verano, molestón por el sol.

Hay en sus calles sucias, solitarias y feas, color de aburrimiento.

Y cuando las campanas de la iglesia llaman al rosario, al morir la tarde, parece que el Miedo llega al pueblo tranquilo.

Es como si las brujas hallaran su aquelarre.

Y las personas caminan como enfermas.

Y las bestias cansadas.

La Tristeza galopa sobre la bruja Risa.

El maestro del pueblo ha salido a mi encuentro.

—Buenas tardes, señor—le digo.

—Buenas tardes—me dice.

Sus ojillos pícaros me miran extrañados.

Y sus labios sonríen.

Y empiezan a charlar:

—Tiene gesto de aburrido y triste. ¿Qué le ocurre, señor?

—Nada, no es nada. Impresión del paisaje, únicamente.

—Es que es triste el poblado.

Y el maestro suspira como si recordara un amor muerto.

—¡Muy triste!—vuelve a repetir—. Es que está de luto.

—Y ¿por quién?

—Por una moza que murió el otro día.

—¿Era bella?

—Y cariñosa y buena como la Virgen de los Desamparados.

—Valdría mucho.

—Era la alegría del pueblo. Estando ella, todo en el pueblo salía santamente. Y desde que ella falta, no hay más que desgracias y malos pensamientos. ¡Debía de ser la misma Virgen!

—Tal vez.

Y callo pensativo, porque mis ojos arden con ansia de llorar.

¡Oh, pueblo castellano, hermano mío!

Creo en la causa de tu tristeza bella porque la siento dentro del corazón.

También a mí, ¡oh, pueblo castellano!, me hizo ser muy feliz una mujer que debió descender del cielo.

Acertó a besarme.
Y me embriagó de amores.
Y dando tumbos voy vida adelante.
Pero a tu sombra quiero buscar la muerte.
Seremos dos hermanos que han perdido a la
madre y la recuerdan siempre.
«PADRE NUESTRO...»



Mi hora santa

Voy buscando a Jesús.

Apartado de la carroña que afea descaradamente a la vida, camino solitario.

Quiero hablar a Jesús.

Recorro, a solas con mis pensamientos, cuando la Primavera empieza, los montes dorados donde todo es santidad y amor.

Cara al sol, sueño con mundos justicieros, bondadosos, cariñosos, alegres.

Me baño en la hora santa de mi triste vivir, y me hermano con los animalillos, que me parecen más buenos que los propios hombres.

Y ensueño grandemente.

Y sueño también llorar con demasía, porque desde el silencio, oliendo a hierbas buenas, me da pena no poder conseguir lo que deseo.

¡Oh, qué tristeza da costar tanto vivir honradamente y tener corazón para ser santo!

Porque mi corazón no es de este siglo.

Por eso llevo, sobre mis hombros débiles, una

cruz tan pesada como aquella otra que llevó el Divino.

Ella me acerca a Él en mi hora santa, cuando, apartado de la carroña de la vida, huelo a hierbas buenas y sonrío a los animalillos que rodean mis pies.

—¡Jesús, Jesús!—le digo—, ¿por qué me concediste un corazón tan grande? ¿No sabes que es la carne la que triunfa en la vida? Revísteme con un ropaje pobre, pero que luzca mucho, y retírame el alma, que se me ríen todos mis hermanos, Jesús.

Pero Jesús sonrío, perdonándome, y siento que me dice:

—¿Qué sería de mí si retirase tu alma y todas tus iguales? ¿No sufrí yo también?

—Sí, sí, sufriste por nosotros, desgraciados y cobardes. Pero tú tienes representantes que no son como yo... ¡Quiero ser como ellos!

—¡Calla, calla!—dice Jesús, mandándome caricias. Y se pone triste.

—¿He llegado a ofenderte? ¡Perdón, Maestro, concédeme perdón!

—No has llegado a pecar. Sigue representándome con tu alma y tu conciencia y sufre como yo sufrí, que otra vida más bella te sonreirá, acariciándote.

—¡Sí, sí, otra vida! Pero...

—¡Calla, calla, consuélate!

¡¡Consuélate!!

¡Cómo consolarme si siento sobre mis hombros débiles la cruz que el odio de la vida me regaló burlón, y doy tumbos, y saltos, y me fatigo,

y lloro y ninguna nueva Magdalena enjuga mis lágrimas, ni me quita el sudor, ni alumbra con la luz de sus ojos el camino que me lleva al suplicio!



Las pobres ricas

Tarde de Mayo.

En el pueblo es fiesta.

Olor a flores, a juventud y a amor...

En el café, muy cerquita de mí, hay tres muchachas aristocráticas y bellas.

De luto, de morado y de azul van cubiertos sus cuerpos.

¿Quién de las tres tendrá más penas?

Tras el ventanal, la plaza del pueblo está risueña.

Verdes los árboles, azul el cielo, de oro las mansiones por el beso del sol.

Tras las vidrieras, las tres mujeres aristócratas están muy tristes.

Sufren, piensan, suspiran.

¿Está el diablo con ellas?

Bajo los soportales pasean las parejas de novios.

Soldados con muchachas del servicio barato,

horteras con las hijas de obreros, estudiantes con las modistillas...

Todos pasean alegres, jóvenes, risueños.

Las aristócraticas me parecen viejas, tristes, muertas.

¡Oh, el dolor de hallarse maniatado con encajes y sedas!

Tras las vidrieras, una pareja se hace mimos.

Las aristócratas suspiran envidiosas.

Reniegan de su clase social.

Quieren ser libres.

Seguir a su alma.

¿Por qué, ¡gran Dios!, das oro, matando voluntades?

—¡Quisiera ser como ella!

—¡Y yo!

—¡Como ella, yo también!

Son tres suspiros.

¡Oh, gran Dios, qué feliz me has hecho en este instante!

¡Mujeres de la aristocracia, tristes mujeres de la pobreza espiritual: yo, bohemio, poeta y gran pobrete, estoy sobre vosotras!

¿Cuándo podréis, cual yo, besar los labios del Amor verdadero, tan libres como las golondrinas?



El gran placer

Ni en los días de nieve, cuando las callejas de la ciudad se visten de blanco, como las desposadas o las niñas que reciben a Dios por vez primera, puedo sentir el gran placer que me eleva al cielo de la felicidad.

¡Y cómo gozo cuando en noches de invierno me pierdo por entre el laberinto de las callejas blancas, olvidadas, torcidas!

Tampoco puedo bañarme en gran placer en los días de primavera, mirando silencioso y pausado por entre los rosales y la hierbabuena.

¡Y qué feliz me encuentro viendo morir las tardes de esos días buenos, mientras los niños forman corros cantando y las mujeres abren su corazón en la expresión amante que envían a los hombres!

Mi gran placer es algo extraño.

No se encuentra en la vida. Es algo que se encuentra mucho más allá.

Tal vez en los claustros blancos y solitarios

de un monasterio silencioso y viejo, que me hizo llorar por los hermanos que albergaba.

Mi gran placer no es de este mundo. Viene del misterio, me besa, me habla y vuelve a él.

Para hablarle, suelo castigar a mi cuerpo. Le canso, le venzo. Corro como chiquillo tras las mariposas, me elevo a las montañas, descendiendo hasta los valles, trepo por los árboles...

Y cuando rendido y fatigado me baño en el sudor, vuelvo alegre a mi hogar, preparo mi ancho lecho, quito luz a la estancia, y descanso tranquilo, con los ojos cerrados, viendo cosas que deben de ser del cielo.

¡Es la hora de charla del corazón!

Descansa mi cabeza en la almohada, se estira mi cuerpo entre las blancas sábanas y me encuentro feliz como si una música de notas cristalinas me contase la historia de la princesita enamorada del pastorcito rubio.

¡Oh, el encanto de apartarse del ruido idiota de la vida y volar con el alma a las regiones maravillosas de la Belleza y del Amor!

Porque el Amor me cuenta, charlatán, mil lances caprichosos. Y la Belleza me da de comulgar en oración constante.

Y sueño con un mundo ideal, donde el Rey es Jesús, y sus servidores hombres y mujeres desconocedores de la envidia, del odio, de los deseos pobres...

Y no hay clérigos que niegan a la Naturaleza y viven de la farsa, ni mujeres que desnudan su cuerpo ante los ojos de los machos que ofrecen pan, ni hombres que se encumbran robando a

los humildes, ni casas particulares de Mesías, porque una sola casa es todo el Reino de la *Belleza*, de la *Verdad* y del *Amor*.

Pero después despierto...

Y he de volver a las montañas, a los valles, a trepar por los árboles, si no quiero sentir dolor de corazón pasando por la vida de este mundo ambicioso.

O dormirme besando los labios grana de una mujer hermosa.



Insulto

Tarde gris, casi negra.
¡Oh, la tristeza de la separación!
Las calles de Frankfurt, con sus casas artísticas, se aburren solitarias.
También yo estoy solo.
Timbres de bicicletas.
Ruido mortuorio de tranvías.
La población reposa.
Allá a lo lejos, un cinematógrafo.
— Señor, ¿una butaca?
Cuando entro en el salón el telón se alza.
Y ante mis ojos una cupletista imita a artistas.
Francia, Italia, Inglaterra quiere ser vista en el tablado.
Y llega España.
Y mis puños se cierran con desesperación.
Y oigo risas, mil risas y aplausos y gritos de entusiasmo.
¡Pobre España!

Ridiculizada en estas tierras incomprensibles, seriotas, tristes.

Cuando vosotras, rubias alemanas, podáis llegar, no a ejecutar, sino a sentir la belleza de España, llegará el fin del mundo, y ya no reiréis estrepitosamente en son de burla, ni aplaudiréis la ridiculez de una artista que se pone como un mandil el pañuelo de flecos, que es la bandera espiritual de mi Patria.

¡Pobres alemanas!

A mí me hace reír vuestro vestuario original, y se descubrirme a vuestro paso.

Esto se calló anoche la cupletista del tablado ridículo.



Cadenita de rosas

Las muchachas, cuando le contemplaban al pasar, solían decir admiradoras:

—Es malo, muy malo. Se parece a don Juan.

Burla a las mujeres y se ríe de ellas. Y aún con todo le quieren. ¡Qué buen mozo es!

Y suspiraban algo entristecidas porque el nuevo don Juan no las había dicho nunca frases caprichosas ni las besó nunca en los labios.

¡Oh, el tesoro de las parlerías de juventud y el encanto de la admiración al hombre pillo!

Pero don Juan murió.

Le hirieron los ojos parlanchines de una mujer encantadora y llegó a ser el hombre que pasea la calle donde vive la amada.

¡Oh!—decían entonces las mujeres que antes le admiraban y soñaron con hacerle dueño de su corazón—, pero ¿es posible?

Y reían orgullosas al mirarle tan empequeñecido.

Y cuando pasaban junto a él, parecían insul-

tarle con sus carcajadas nerviosas que expresaban envidia, desconsuelo, mil ideales muertos...

Pero el ex don Juan no escuchaba.

Y la amada envidiada, se sentía orgullosa con el héroe muerto.

Hoy, aquel don Juan es un hombre vulgar.

Se mece en el silencio del hogar formado, y sobre sus rodillas saltan los pequeñuelos que le hicieron padre.

Cuando los hijos duermen, los esposos se besan sonrientes y charlan a la luz de la tarde, que muere lentamente.

Y a través de las vidrieras del balcón florido, ven a los transeuntes cómo cruzan de prisa.

—Contempla bien—dice la esposa—. ¿Recuerdas aquellos días de nuestra juventud?

Por la calle, despacio, muy despacio, cruza una pareja de novios.

—Él tiene menos cara de granuja que tú—vuelve a hablar la esposa.

—Y ella labios menos ladrones que los tuyos—dice alegre el esposo.

—Mis labios no han robado nunca.

—Se llevaron mi felicidad.

La esposa ríe y besa cariñosamente al marido. Luego, callan.

—¡Oh!, si no me hubieras besado nunca, ¡nunca!—se lamenta el esposo—. Yo era un penden-ciero, las mujeres me querían bastante, era un pequeño héroe con historia de amores. Pero llegaste tú, besé tus labios y, al pretender huir, noté peso en el alma. ¡Tienes labios de bruja!

Los chiquillos, comienzan la canción de su llanto.

—Ve a dormir a tus hijos—manda cariñoso el marido.

Y la madre, entona una canción para dormirles, mientras mece la cuna:

Con cadenitas de rosas
prendí a un hombre volandero
que supo burlarse fiero
de los besos de mil bocas.



La belleza enferma

Yo leía una novelita romántica.

Mis amigos discutían alegres y reían acariciando a un pensamiento descarado:

—Hoy iremos a divertirnos mucho—pensaban—. Esta noche nos esperan las tres: Marta, Raquel, Fifi. ¡Oh, la belleza de la carne fresca, de los besos largos, de las caricias incansables!... Tú vendrás, ¿verdad?

—¿Me preguntáis a mí?—les dije, dejando de leer.

—A tí, o a San Tonto, que debéis ser hermanos—me dijo un amigo.

—Pues si es a mí, yo os contesto que nó. De esa forma no puedo divertirme, casi, casi me aburro, no hallo encantos en las carnes blancas, ni en los besos largos, ni en las caricias incansables de Marta, de Raquel y de Fifi.

Mis amigos se sorprendieron algo, guardando un gran silencio.

Y luego, rieron descaradamente burlones.

—¿De verdad que te cansan esas mujercitas tan bellas?—me preguntó el más descarado.

—Esas hembras no son mujeres, y mucho menos bellas—le contesté yo.

No hablé más.

Mis amigos dicen desde aquel día que tengo horas de loco.

¿Será verdad?

Yo sí siento unos ruidos extraños en mi pobre cabeza.

Y los noto cómo descienden hasta mi corazón.

Deben de ser ángeles y demonios que se pegan fuerte.

Y esta riña me alegra y me entristece.

Yo creo que cuando vencen los demonios es cuando quedo triste, y cuando alegre, porque han salido vencedores los ángeles.

Ahora mismo se ha librado fuerte batalla en mi cabeza y siento a la alegría cómo desciende al corazón.

He recordado a los amigos que aquella noche me llamaron *loco* y he recordado a Marta, a Raquel y a Fifi.

¿Eran bellas?

No, no lo eran; no podrán serlo nunca.

Para que una mujer (aquellas eran hembras tan solo) llegue a ser bella, es necesario que no fume, ni jure, ni diga disparates después de haber bebido, ni sea mercancía, ni alegría de caminantes...

Y ha de tener modestia, corazón, conciencia, inteligencia.

Marta, Raquel, Fifi, ¿eran bellas? No.

P R O S A S L O C A S

Los trapitos colorinescos que cubrían sus cuerpos, eran lindos.

Con sus zapatos de charol y las medias de seda, parecían mujeres.

Y parecían bellas.

Pero no lo eran, pese a mis amigos.

Porque la belleza es la expresión de Dios.

Y Fifi, Raquel y Marta no expresan más que al diablo.

A pesar de su carne fresca, de sus besos largos, de sus caricias incansables.

Estas tres armas, que mis amigos las creían bellas, son las que asesinan a la belleza.

Porque al darse a todo caminante, hieren de muerte al alma.



El sol ha muerto

¡Sol de mi España!
¡Alegría de mi corazón!
¡Pan de mi espíritu!

Al encontrarme en tierras de la bella Francia,
te he visto cómo has muerto.

Y de día otra vez, en campos alemanes, te he
llamado con la voz de mi espíritu y nadie ha res-
pondido.

Yo sé bien que bañarás las pardas tierras de
Castilla, que besarás ardientemente, como ena-
morado celoso, a Andalucía; que harás mimos
golosos en Galicia.

Sé que las flores resucitarán al despertarte,
que los pajarillos cantarán al verte, que todas las
mujeres, con tu luz, serán hermosas...

Lo sé.

Pero yo no te veo.

Y no me resigno a esta tristeza que me inspira
este cielo gris, sin sol, sin aromas...

¡Oh, sol de España!

P R O S A S L O C A S

Cuando inundes de luz aquella ventanita florida por donde tantas veces sabías penetrar anunciando mi llegada a la amada, díla que me escriba tu resurrección.

Porque creo que has muerto.

Y sin tí, nada soy.

Porque pones en mi alma los decires que mi amada espera.

Y sin ellos, ella se pone triste.

Y llegaría a olvidarme.

Y sin ella y sin tí pierdo el encanto de la vida.

Que es vivir muriendo, ¡oh, sol de mi España!



El amor de mi amiga

Raquel, mi amiga, tiene una belleza indescifrable.

Es mucho más bella que su hermosa mamá.
(Así nombra a su madre la bella hija).

Y su madre es la alegría de toda la provincia, cuando las campanas llaman a admiración.

(Las campanas de los templos buenos en los días de sol, rejuvenecen nuestro espíritu y nos hacen poetas).

Raquel es la mejor de mis amigas.

La más blanca.

La de más belleza.

La que cubre su cuerpo con vestidos de colores artísticos y encajes y sedas.

Raquel es buena, artista, delicada.

Pero Raquel es de este siglo y es como sus amiguitas: un poco destrozona...

(Ver con los ojos de la cara y del romanticismo, cerrando los del entendimiento, es destrozarse el alma).

Mi amiga adora a un hombre con todas las fuerzas de su corazón.

El hombre no ha estado nunca junto a ella.

Ni con ella se cruzó jamás.

El hombre es gran poeta.

Hace versos.

Y Raquel, mi amiga, los lee con entusiasmo de colegiala triste.

Cuando mi amiga me habla del poeta, suele decirme enamorada:

—¿Por qué no me le enseña usted? ¡Sería capaz de darle tantos besos!...

Yo río las palabras sentidas de mi amiga loca, porque ella es de este siglo, y el gran poeta, no.

Raquel quiere a las joyas, a los terciopelos, a los trajes bonitos.

Y el poeta...

¡Dan tan poco los versos!...

Con todo, Raquel ha conseguido conocer al artista.

Fué ayer mañana, en el paseo solitario donde el genio estudia.

—¡Mira, mira, Raquel!— la dijo su amiguita Matilde—. Ese es el que tiene tu amor.

Raquel se puso triste, pálida.

Y rió después.

No me extraña.

¡Hace tanto tiempo que el poeta no se afeita la barba, ni se muda de traje!...



¡Buenos días, París!

Mañanita de Junio.

París me recibe con tristeza.

¡Buenos días, París!

¿Te has puesto triste porque me ves llegar?

¿O es que lloras para expresarme tu cariño?

Llueve con lentitud.

¡Oh, París, cuántas veces me he quedado dormido pensando en tí!

Al despertarme, las manos de mi madre han separado de las mías libros de Baudelaire, de Verlaine, de Murger.

¡Edad de los veinte años!

¡Sueños, ilusiones, romanticismo, ansias enormes de volar!

¡París, París!

Cuando yo era joven y escribía versos me enseñó a ser romántico una francesita que lloraba deliciosamente.

Y cuando mis manos revolvían sus melenitas negras, sus labios exclamaban con mimosidad:

—A París, ¡vámonos a París!

¡Oh, la bohemia que sentíamos dentro del corazón!

Ella trabajaría de *midinette*.

Yo escribiría versos.

Y el triunfo llegaría a coronar mis sienes y ella me daría besos largos que serían como aplausos eternos.

¡Oh, la edad pasada!

Y los ojos rasgados y brillantes de Raymonde.

Tú la habrás aprisionado, ¡oh, París!, y en tu regazo morirá o habrá muerto.

¡Pobrecita Raymond!

Buena, romántica, morena y deliciosa.

Si tus ojos se fijan en los míos al cruzar una calle, no la dejes, París, que vea en mí un recuerdo.

Ella será la misma.

Pero yo...

Yo, París, he roto aquellos moldes de sensibilidad y no hago versos, ni lloro con las puestas de sol.

Mi pobre carne no ha querido ser buena y me ha pedido pan.

Para dárselo, le quité de mi espíritu.

Y soy un pobre hombre.

¡Buenos días, París!



El hermano bueno

¡Déjale que se vaya!

Que no lllore.

Que goce con sus chifladuras.

Pero que ante mis ojos no le vea, madre, porque entonces..., entonces, madre, tal vez no te recuerde y le...

Pero no llores, madre.

Puede llorarse por los hijos que son machos o hembras.

Pero mi hermano no lo es.

No quiere serlo.

No merece tus lágrimas.

Porque es cobarde.,

Y le da miedo la lucha de la vida.

Y nos desprecia buscando su comodidad.

¡Maldito sea!

¡Sí, madre, sí!

Maldito, siempre.

¿Por qué quererse refugiar en los claustros sombríos de un monasterio viejo?

¿Por qué, madre?

Y le llaman bueno porque quiere ser fraile.

¿Eso es una bondad?

Maldad, es para mí.

¡Sí, madre, sí!

Ser bueno es luchar en la vida, con rebeldía santa, destrozando farsas y haciendo que la verdad domine.

Hay que ser hombre, madre, como el padre lo fué y luchar por el cariño de una mujer que sea como usted, honrada, buena, y criar hijos que sean machos o hembras, nunca muñecos de serén y trapos de colores.

¡Ser fraile!

Cobardía de macho que no es más que muñeco.

¿Por qué separarse del mundo?

¿Porque es malo, cobarde, farsante y presumido?

Pues tanto mejor para seguir en él.

Hace falta lucha franca, noble, santa, para vencer a la mentira y conseguir que la doctrina del Maestro nos haga verdaderos hombres.

¡Ser fraile!

¿Por qué, madre, por qué y para qué?

¡Qué no se ponga ante mi vista ese hermano que le llaman bueno siendo malo.

¡No quiero verle, le desprecio, le odio!

¡Ser fraile!

Sin saber lo que es amar a una mujer.

Sin haber soñado en ser héroe, ni haber buscado gloria, ni haber llorado nunca por un amor humano.

¡Y dice que ha nacido para adorar a Dios!
 No llores, madre.
 No merece tus lágrimas.
 Perdónale...
 ¡Yo ya le odio!



El bohemio ríe

Allá, en el fondo del salón, tomo lentamente el café.

Es amargo como mi vivir triste...

La orquesta aristocrática—fraks, camisas almidonadas, pulcras—preludia...

Una cupletista—traje descotado y cortito, ojeras pronunciadas, mejillas dadas de carmín—grita, sonrío, acciona.

Un clonw hace reír burlescamente.

La muchedumbre se entusiasma, aplaude, se divierte.

En un descanso entra en el café un hombre alto, con ropaje de ruso, flotando al aire sus melenas lacias y jugando sus ojos seriamente, incansablemente.

Es el señor Wasmam, judío ruso, bohemio infatigable, vendedor de periódicos que él escribe y edita.

Hace un descanso delante de cada velador y, con aires de gran señor, propone:

—¿Desean ustedes mi revista?

Sigue andando impassible, serio, aristocrático.

Y mientras camina con sus pies al aire, dando al viento sus brazos tostados por el sol y enseñando la carne bien desnuda por las aberturas de su bata rusa, serio, repite su pregunta eterna y dominante:

—¿Desean ustedes mi revista?

Y vende cien revistas, mil.

Porque la gente le cree tonto, loco, necio.

Y goza con sus extravagancias.

—

Pero Wasmam ríe en su interior.

Se ríe de la gente que le cree idiota, necio, loco.

Debe de caminar pensando:

—¡Pobres gentes! Soy más que ellos, los domino, los venzo; sé vivir la vida mientras ellos solo pasan por ella. Murmuran de mi presentación extravagante y no son capaces de conocer mi alma. La mitad de los que se me ríen, cuando paso, son esclavos de la fuerza social. Van como les manda la ley implacable que dictan a cada momento sus hermanos mayores. La sociedad les marca blanco y aunque ellos piensen negro, irán de blanco siempre. Y se ríen de mí que hago mi voluntad y que ellos, sin querer, me dan el pan de cada día...

Y el bohemio ríe en su interior mientras da al aire sus melenas lacias y su carne desnuda.



Los santos

Yo no voy al Templo del Señor porque no encierra santos.

No se puede asistir a una explicación de gramática para salir sabiendo historia natural.

Soy incrédulo.

Me hicieron ser así los señores de los hábitos negros.

Los que hacen lo contrario, casi siempre, de lo que manda el Nazareno.

Por eso, yo no creo en los santos que encierra la casa del Señor.

Sí, en los del Templo de la vida.

En los santos sin pan, sin cariño, sin cultura y sin casa.

En esos otros santos desterrados de la comodidad.

Mecidos en el abandono que crispa los nervios de los hombres buenos.

Cuando quedo contemplando a mis santos, suelo dudar de Dios.

De ese Dios que admite tantas joyas y tantas luminarias, mientras sus hijos mueren de miseria.

¿Puede haber ese Dios?

¿O es que unos cuantos mercachifles quieren vivir a cuenta de él?

Yo no creo en los santos que tienen vestimenta lujosa.

Pero sí en estos otros que sienten en su carne cubierta con harapos el calor del sol pleno y la crueldad de la ventisca.

Yo amparo en lo que puedo a estos hermanos míos desheredados de la tranquilidad.

Y para ellos he sentido deseos de quitar a los santos de los templos magníficos las riquezas que se empolvan descaradamente.

Y he creído ver, al pensarlo, cómo Dios me sonreía cariñosamente.

¿Por qué no?

¿Es que Dios no es bueno?

¿Es que la bondad puede gozar viendo sufrir?
«Habrá ricos y pobres».

Nadie ha dicho: Habrá poderosos aplaudidos y hambrientos despreciados.

Por todo, no creo en los santos que aparecen en los altares que hay que derrumbar para llevarles en el corazón.

Mis verdaderos santos son los mendigos despreciados y rotos y los que sufren y callan.

Esos santos tan buenos que van muriendo de hambre y no asesinan a los ricachos que bañan en champán a las golfas.



¡Quién fuera niño siempre!

Las flores nos daban su fragancia, los campos su poesía bella, los trinos de los pajarillos nos alegraban mucho y las ramas, cuando pasábamos bajo la arboleda, parecían querer seguirnos siempre.

¿Te acuerdas, nena?

Yo sí. Porque aun te tengo dentro del corazón y en las horas del atardecer suelo caminar lentamente por aquel caminito que nos conducía a la felicidad, según tú...

¡Y qué cosas me dicen los rosales sin flor, los árboles sin hojas, los campos sin colorines brujos y los pajarillos ateridos y enfermos!...

¡Oh, si tú los vieras, seguro estoy de que llorarías con desesperación!

¡Cómo no llorar, si los pajarillos y los campos y las arboledas y las rosas de todos los rosales saben la historia nuestra, que parece un cuento cuando se la recuerda!

¡Qué solitario está nuestro paseo, nenita!

Aquel banco verdoso que descansaba junto al tronco del castaño que nos daba sombra, está carcomido por los malos tiempos de soledad... La fuentecilla que apagó mil veces nuestra sed, ya no canta, y hace un ruido muy feo.

Los árboles sin hojas parecen fantasmas en la noche.

Y al verme, los pajarillos, que nunca se espantaron, vuelan a las ramas feas y esqueléticas, como temerosos...

Y es que temen a mi tristeza, que me arrastra condenadamente hacia donde no quisiera volver

¿Para qué recordar los tiempos que se fueron?

¿Para qué sentirte tan cerquita de mí, cuando estamos tan lejos?

¿Verdad que estamos lejos, nenita?

¡Oh, cuántos girones de mi cuerpo daría por que volviesen a besarnos las horas bellas del atardecer, cuando la luna ríe picaresca y las estrellas, maliciosamente, guñan sus ojos resignados!...

¡Y nosotros que deseábamos crecer para unirnos cada vez mucho más!

¡Quién fuera niño siempre!

Así, al menos, desconoceríamos la cobardía de los hombres, sus mentiras, todos sus egoísmos, toda su pobreza. No conoceríamos las bur-las del Destino, las ironías de nuestros hermanos, la farsa de la vida, todas sus envidias...

Y besándonos, veríamos al mundo de color de rosa.

¡¡Y seríamos santos!!



Horas de amor y de venganza

Siento miedo; miedo de corazón, porque oigo a mi conciencia que me recrimina y me insulta.

¿Qué fantasmas danzan en mi cuarto bohemio, en este cuartucho repleto de libracos, de apuntes, de cuartillas emborronadas y revueltas, en este cuarto que oyó las declamaciones de mis primeros versos, el tejido de mis primeras ilusiones, las frases primaverales que adornaron las cartas de todas las mujeres a quienes adoré? En este cuartucho destartalado, alegre y pobre donde lloré mil veces y que sabe de mi vida privada más que las gentes que me insultan descaradamente con sus frases de crítica.

Son las mujeres que atendieron el movimiento de mis labios cuando las juraba amor santo; cuando en el atardecer de aquellas tardes, olvidadas ya, para desgracia mía, juntábamos las manos, uníamos los labios y cantábamos con los ojos los poemas tristes de Carrére.

De todos los retratos que están en las paredes,

descienden las mujeres a quienes quise con locura, un instante, y luego las mecí en el olvido.

Y forman corro, haciendo con sus manos nudos, y bailan y gritan y se ríen de mí, rodeando mi lecho.

¡Oh, qué carcajadas chocan en mis oídos y descienden al alma, deshaciéndomela!

¿Dónde están los infiernos, sino dentro de mí?

—¿Qué ocurre? ¿Por qué os burláis? ¿Quién os mandó de convidadas a este festín de Satanás?

Y entre todas ellas—blancas como lirios y bellas como amaneceres—llega al centro del corro una mujer trayendo a otra de la mano.

—¡Gloria, Gloria!—suspiro, queriéndola llamar.

Pero ella no me escucha. Parece que no me reconoce.

Y habla:

—Soy entre todas—dice—la que más sufrí oyéndote. Por eso llego a hablarte. Soy... lo que fuisteis todas, juguetes caprichosos de las horas de amor. Él se burló de todas. Todas lloramos por su ausencia, y él se rió a la vez. Pero podéis contemplarle ahora: Pálido y tristón como día de invierno. Su risa cínica se esconde. Ya no habla. Ya no dice galanterías ni mentiras. ¡Le ha vencido el Amor! Esta es la diosa que supo dominarle, vencerle, anonadarle. ¡Viva Rosalinda!

—¡Viva, viva!

Y los fantasmas danzan vengativos, insultan-

P R O S A S L O C A S

tes, alegres, desquitándose con mi sufrimiento de las horas que ellas fueron mártires.

—¡Rosalinda, Rosalinda!—llamo con toda la fuerza de mi sentir profundo.

Y en lugar de escucharme, la mujer de mi alma canta desesperadamente con el coro de víctimas:

Llora, llora, llora,
que hoy me ríe yo;
si tú eres travieso
más lo es el Amor.



¿Por qué?

He concluído de asearme.

Me he chapuzado bien con agua fría; me he vestido con el traje de fiesta, he cuidado el nudo de mi corbata «perla» y he encendido un pitillo.

Las bocanadas de humo, densas, grises, intentan esconderse un instante, y luego...

¿Adónde van las bocanadas de humo que saben más que yo de mi interior?

Yo he pensado que ascienden al segundo piso, donde mi amigo el médico, y parlotean todo lo que han visto; porque mi amigo, cuando me saluda por la calle, suele decirme con gesto de profeta:

—¡Ojo, amigo mío! ¡A cuidarse, a cuidarse, que sinó, se acaba! ¡Ese pecho, amigo, ese pecho!

Y yo, en mi pecho, no noto ni aún el humo de mi cigarrillo. Igual que debe de notar mi amigo.

Cuando me he cansado de fumar, me he puesto a repasar la «prensa».

¿Han visto ustedes nada más grotesco, mejor, nada más teatral que los periódicos?

He leído los «fondos» de tres de ellos y me han avergonzado.

He aquí por qué:

En esta Patria mía, como no hay juventud que estudie, que respete, que sienta y que idealice, lejana al egoísmo, a la envidia y al odio, nos vemos gobernados de una manera absurda. Hoy el presidente del Consejo, que manda lo que dice el Rey, es figura del día. Por lo que he leído, quiero adivinar que el buen señor ha querido trabajar un poco y, claro, el hombre se ha equivocado y no se ha equivocado; ¡como siempre!

Uno de los periódicos le ha llamado *ladrón*; otro, entre risotadas, *infantil*, y el tercero ha publicado su fotografía llamándole «hombre honrado».

Me ha crispado los nervios la lectura.

—¿Se es o no se es?—me pregunto.

Cansado he paseado por la habitación.

Miro al reloj una vez, dos y ciento.

Es tarde y mi amigo aún no llega.

¿Qué le habrá ocurrido?

Me extraña la tardanza porque anoche me dijo reservadamente:

—Mañana espérame en tu casa a las doce; tengo que hablarte con el corazón.

Yo lo sentí mucho, porque a las once...

¡Oh, cómo sentirá la ausencia mi nenita!

Pero ¿qué no haré yo por este buen amigo que nunca me ha negado dinero?

Le espero, le espero y ella que se espere.

Esta tarde la besaré en la boca más deliciosamente.

Pero, ¡cómo tarda! Han pasado de las doce, treinta y cinco minutos y el timbre no me ha anunciado su llegada.

Enciendo otro pitillo, me tumbo en el sofá, vuelvo a mi paseo por la habitación y me entretengo en declamar el prólogo de una buena obra mía.

Ahora se me ocurre un pensamiento original. Me pongo a escribir versos.

¿Ustedes no han leído ningún verso mío?

¡Oh, entonces ustedes no pueden conocerme!

Si les interesa saber quién soy yo, les recomiendo mis libros. No dejan de ser buenos aún para las solteras.

He escrito treinta y ocho versos.

Pero no me gustan.

Con todo creo que hay alguno bueno.

¡¡La una y media!!

¡Vaya al diablo el amigo y ojalá se le quede fría la comida!

—

Son las tres.

Voy a ver a mi amada.

Pienso que estará triste.

¡Pobre nenita mía, cuánto voy a reirme al notar el disgusto que por mí se ha llevado!

Tengo yo la culpa, sin duda. Debiera haberla puesto una tarjeta anunciándola mis ocupaciones.

Pero, ¡bah!, así el idilio resultará más caprichoso.

He llegado a la casa. Subo de tres en tres las escaleras. En la puerta, escucho. Nada se oye.

¡Oh, cómo dormirá mi nenita!

Me sonrío, abro y entro.

La casita está oscura. Tropezando he llegado a la alcoba. Abro las maderas del balcón y un manchón de sol cae en el lecho.

¡Nadie!

¿Por qué me habré puesto tan repentinamente triste?

Recorro la casita y ¡nadie! ¡¡nadie!!

—¡Amparo, Amparo! —llamo.

Y en el silencio quedo sin escuchar respuesta.

¿Por qué tiemblo?

¡Ah!

Sobre la mesa hay unos guantes que Amparo no usa nunca. ¡Y un bastón!

—¡Amparo, Amparo, Amparo!

El silencio es el mismo.

¿Por qué tiemblo? ¿Por qué mis manos aprisionan con rabia los guantes y el bastón que son de hombre y no míos?

—

He caminado, como loco, por toda la ciudad. He encontrado al amigo.

—¡Hola, chico! —me ha dicho—. ¿Dónde vas?

Le he mirado fijamente a los ojos, como si me engañase, y he sentido que mis manos deseaban aprisionar su cuello. Ahora entiendo la cita.

—Pero chiquito ¿qué te ocurre? —me ha vuelto a preguntar—. Estás pálido, con los ojos enrojecidos y los labios nerviosos. ¿Qué te pasa?

—¿Por qué no has ido? —le pregunto frenético.

—¿Adónde?—me contesta extrañado. Debe creerme loco.

—A mi casa. ¿No quedaste anoche conmigo?

—Sufres un error, chiquito. Llevaba sin verte cinco días.

Como mi amigo pone gran seriedad en sus palabras, pienso para creerle. Temo volverme loco.

—Anoche—me dice él—estuviste en «El Edén» con Perico y Carranza y «ellas dos».

Recuerdo, sí, pero...

—¿Tú no quedaste anoche conmigo? ¡Dilo, por favor!

Siento la risa de mi amigo que me daña en el alma.

Y echo a correr calle adelante, loco, furioso.

¿Por qué? ¿Por qué?

—

¿No será el Destino quien nos cita a veces para impedirnos ser protagonistas de la tragedia que nos persigue siempre.

Porque ¿por qué los guantes y el bastón estaban donde debiera haber estado mi nena?

¿Por qué? ¿Por qué?



Los cascabeles de mi amigo el diablo

Por las noches, cuando recorro el laberinto de las callejuelas solitarias, tristes, sucias, castigadas con barbarismo por el tiempo, llego a temblar un poco...

Y no son recuerdos de la edad pasada los que azotan las pobres carnes de mi cuerpo. Ni aun creencias de trasgos y brujas, que me las figuro cabalgando en escobas por el reino de la fantasía. Son prejuicios, adivinaciones, pensamientos algo enloquecidos, hijos todos de los deseos maniatados...

Cuando recorro la parte vieja de la ciudad antigua, voy beodo de espíritu y hallo felicidad en los ensueños.

—¡Tin, tilín, tin!...

Es el diablo que menea la cola y me persigue con la música de sus cascabeles.

¡Oh, qué bellos sonidos!

A veces me entretengo en la ruta porque creo que una voz me interroga. Y escucho con silencio de santo.

¡Y qué cosas más bellas pasan en el fondo de mi corazón!

Son palabras de madre, de hermana, de amante.

—¡Tin, tilín, tin!

Y el eco del ruido de los cascabeles me dice desde lejos:

—¡Sueña, sueña! Sigue la ruta de la ilusión florida. No escuches las carcajadas de tus conocidos, que, por beneficio que todos te deseen, no permitirán que seas más que ellos. Y ellos ¡qué poco son! ¡Adelante, adelante! La felicidad es una amante infiel; te mimas unos instantes y te burla después. No la beses nunca en los labios, o si lo haces, hazles sangre y ríe, ¡ríe siempre! ¡Tin, tilín, tin!

Y yo, pobre caminante sensible, que llevo a Dios en el corazón y en la conciencia, camino despacito, temeroso de la nueva aurora. Porque cuando el sol llega, la farsa se despierta.

Y los cascabeles de mi amigo el diablo ya no me hacen soñar.

¡Y parezco uno de tantos!



El dolor de la risa

Desde el final las ve...

Y quisiera tomarlas por el cuello y apretar fuertemente.

¡Porque nada hay más triste, que penetre tanto por el corazón, como la tonada bullanguera de los cantores ciegos!

Y estas mujeres del *Ideal Concert*, cantan, ríen, saltan reidoras y vocean repletas de alegría.

¡Oh, las lentejuelas de la farsa! Ponen en las almas de estas mujercitas alas grandes de alondra y se empeñan en volar sobre el mundo.

Y el bohemio las ve y las compadece y siente que sus gritos arañan en su corazón.

¿Por qué serán así? ¿Qué deleite embriagador las conduce por el derrotero de la francachela, cuando saben que el triunfo de su cuerpo es tan veloz como la carrera de una pluma en alas de un fuerte vendaval?

Y el bohemio llora... como lloran los hombres; siente resbalar por su alma lágrimas de piedad.

Y clava sus ojos, enviando un reto, en las figuras de los hombres que compran las caricias, que hacen de la mujer un juguete de feria, y quisiera pisotear sus cuerpos para que dejaran de vivir tan miserablemente.

¡Mujeres! ¡Mujeres!

Y el bohemio se retira avergonzado de sus hermanos cuerdos, de esos hermanos que a la luz de la luna cantan un himno a Baco y otro a Venus, y, bajo el padre Febo, caminan despreocupados, alivos e insultantes.

¡Oh, parte social, hipócrita y cruel! Tus mujeres, niñas aún, flores en primavera, juguetes de la calderilla, mueren en plena juventud porque se convirtieron en alondras al admirar los pareceres de las otras mujeres y sueñan ser como ellas son...

Tus hombres... (No, no son hombres estas fieras hambrientas...) ¡Qué bien harían a la sociedad que estudia y que trabaja si supieran morirse!

Y el bohemio corría por la ciudad en sombras, y desbordaba a su locura para cantar desesperadamente:

—¡España, España! Ciudad de pandereta... ¿Cómo quieres triunfar? ¿Cómo quieres ser? Días han de llegar, siguiendo por este derrotero, en que has de llorar amargamente. Muchas de tus mujeres van perdiendo el alma. Muchos de tus hombres nacen ya sin ella... ¿Qué vamos a esperar? ¿Qué aurora podemos distinguir?

Y sin embargo se oyen sonos de cascabeles y de esquilas y el bullicio de risas... ¡Reír, reír!

¡¡Qué tristeza y dolor tiene la risa!!

Almas que esperan

En los atardeceres de las almas todo es gris...

La niebla densa de nuestros pensamientos pone en nuestro ser el peso de la realidad, como si siguiéramos al Divino Maestro con la cruz a cuestas...

Y es que nos dejaron tan solos las quimeras; sucede que nuestro corazón ha sufrido el empuje de tanto vendaval, que hemos dejado marchitar las flores olorosas de nuestra juventud y plantado en sus puestos los trigales rubios que han de brindarnos la defensa.

En los atardeceres de las almas todo es gris...

Ya los colorines brujescos de las auroras reidoras cesan de cantarnos extravíos de amor; ya los trinos de los ruiseñores bajo la blanca luna no nos recuerdan la cantata bella que nos enseñaron los ojos de la primera novia; ya no escuchamos la charla de los arroyuelos, ni el pír de los pájaros; ya no sentimos ansias de reir cuando pasa una mujer hermosa, ni nuestros besos

tienen el calor de otros días, ni la sombra de las callejuelas pone ansias de ser en nuestro corazón.

Todo el manojito de amapolas burlescas fué regando nuestro derrotero, y al fin de la jornada, cuando cansados de lucha retornamos a la mansión que oyó el bullicio de nuestros años mozos, vemos que aquellos colorines, que formaron el mundo loco de nuestros ensueños de color de rosa, son las pinceladas extravagantes que divierten a los hombres que no estuvieron locos...

¡Y nosotros que pusimos nuestra alma en la conquista de los colorines chillones!

Pero ya se alejaron los diablescicos tiempos de escenografía. Ya va desapareciendo el olor santo de las ilusiones. Ya vamos distinguiendo los trigales rubios y el granero ya nos abre sus puertas impaciente.

Ya llegamos al puesto de los hombres. Vamos a ser felices. Distinguimos la niebla...

Pero ¿qué es lo que brinca en nuestro corazón? ¿Qué frases íntimas escuchamos de nuestro *yo* sentimental?

Es la voz armoniosa que nos indica el porvenir recordando el pasado. Es como el rugir del huracán entre nieblas que nos grita con desesperación:

—No pretendáis la ayuda de los cuerdos ni lleguéis a las costas de su pobre mundo. Seguid siendo náufragos en vuestro mar azul; no os dobleguéis por fuerza de cansancio ni os entreguéis por hambre. ¡Esperad luchando! De todas formas, es preferible fenecer antes de perder la luz

de las quimeras. ¡En el atardecer de las almas todo es gris! Y antes de ver morir a vuestras almas, matad vuestro cuerpo. ¡Siempre, siempre!

Y nosotros, pobres muñecos de la vida sensible, descuidamos las heridas de nuestro cuerpo maltratado; y dando tumbos paseamos bajo el sol de nuestros extravíos sin importarnos las burlas de las gentes ni las injusticias de los hombres cuerdos.

¡Y es que hay almas que esperan algo siempre, por aquellas otras que no esperan nunca nada!



Descanso

Sentía cansancio en el cuerpo y en el corazón, y descansaba tristemente. Era en el fondo del café abandonado, servido por mujeres que quisieron volar...

Miraba a todos y no veía a nadie...

¡Oh, qué tristeza se siente cuando los ojos tienen luz y el alma se mece en la ceguera!

Bebía el bohemio; se embriagaban sus pensamientos y sus labios sonreían con idiotéz.

¡Qué gestos más extraños se dibujan cuando Baco triunfa!

Pero en toda niebla ríe un rayo de luz, y el bohemio admiró la carcajada espiritual al sentir la fuerza de aquellos ojos de mujer que reían acariciando.

Y fué entonces cuando se sintió más poeta que nunca.

Y entonces emborronó su más bella cuartilla que empezaba así:

A quien seas, mujer

y continuaba luego:

«Yo no sé quien eres, ni de donde vienes ni hacia donde caminas. Igual debe de pasarte a tí cuando te me quedas con los ojos fijos. Pero yo te conozco porque te siento dentro de mi alma, y odio, como tú, a casi todos esos hombres que te obligan a que les sonrías.

»—¡Oh, la fuerza de la calderilla!

»Acabo de sentir la sacudida del desprecio y quisiera arrancarme el corazón y arrojarle al rostro de aquel que te ha propuesto el pensamiento de su señora Desvengüenza. Pero no quiero que dejes de sentir las caricias bellas del rey pan. Esos desvergonzados suelen ser sus ministros y corremos los tiempos en que sólo ellos mandan por y sobre todo. Y yo como suelo ser tan poco no podría apartarte de sus arañazos y retornarías a ser esclava suya. Y por eso me voy.

»Para que tus ojos no se me queden en contemplación, como queriendo adivinar.

»No adivinando que tengo corazón, no vendrás a mi lado a consolarte. Y seremos felices recordándonos; tanto, como desgraciados si llegáramos a unirnos, porque los poderosos de cuerpo tienen mucha envidia a los fuertes de espíritu. Y tu sientes las palabras cuando arañan en el corazón».

Y el bohemio rompió la cuartilla al arrojarla al suelo.

Porque sabía que los trozos volando la intrigarían más...

El dolor de cantar

Mientras el cielo no se entolda, mientras la tierra se bañe en oro y plata, la ciudad es hermosa y las mujeres ríen y los pájaros cantan y los niños se sofocan brincando.

Hay un olor de santidad, de juventud, de amor y de bondad...

Todo ríe, se siente feliz...

Hasta las flores parece que hablan bullangueras.

Pero estas horas bellas que ilusionan a los corazones, que cambian a los cuerpos, que doran a los pensamientos y al sentimiento le florecen, huyen, como avergonzadas, al mes de su reinado.

Después...

Cuando la nieve alfombra a la ciudad, cuando el viento huracanado silba, o las flores se deshojan con lentitud y las mujeres se entristecen y los pájaros mueren y los niños callan, entonces, la realidad de la provincia llega, todos nos pre-

sentamos como somos, nuestras risas parecen que no nacen en el corazón y las palabras se atropellan para no contar nada...

¡Qué triste es la provincia cuando el invierno llega! ¡Hasta las campanas de la catedral diríase que lloran!

Es como si la juventud se separase de los cuerpos; como si las flores perdiesen el aroma.

Bien pudiera creerse que la muerte se burla de todo el poderío...

Y las almas se encuentran al igual que los cuerpos y de vez en vez, junto al brasero, suelen tomar fuerzas y charlar...

¡Oh, las charlas provincianas cuando la nieve cae!

Son como puñales que se clavan en los corazones de los que no son como los cuerdos.

Porque aquí, también hay algunas almas que entonan su canción, en el invierno y en la primavera. Son los locos cantores que sufren las inclemencias de los que callan siempre, de los que siempre envidian...

Por estas tierras, todos los caballeros del ideal viven en el desierto. Son las vidas tronchadas que cayeron en el reinado de los criticones; las víctimas de las mentiras y de los grandes odios, los payasos que en sus saltos grotescos divirtieron a las muchedumbres y que en una cabriola quedaron tendidos en el suelo para sentir los pisotones de sus hermanos cuerdos, en el cuerpo y en el corazón.

Es su vivir la mueca de Resignación y han pensado mil veces coger entre sus manos el co-

razón, preñado de dolores, y arrojarle con furia al paso de la sociedad hipócrita y cruel que parece gozar con sus insultos y sus pareceres.

Y no lo hacen, porque la farándula de esos poderosos les inspira vergüenza y sentirían ansias de castigar sus vidas, de hacerlas desaparecer, si llegaran sus cuerpos a sentir el contacto de los faranduleros, que son como las lentejuelas en los trajes de Carnaval...

Bien pudieran aproximarse a ellos, ser igual que ellos. Les fuera suficiente con olvidar el corazón y poner en sus labios la mueca de la conveniencia.

Y, entonces, sentirían las caricias de Felicidad; el rey Pan les brindaría sus más bellas canciones y las mujeres sonreirían, como Mimosas, en su honor, y los hombres, también, les elevarían en alas de la Fortuna y de la Gloria, aunque después rastreramente, Risotada les siguiera los pasos.

Y es que, para vivir como ellos viven, para triunfar como ellos triunfan, sobran los corazones.

Los que le tienen, los que viven la vida, los que dicen aquello que han sentido, los que odian a la farsa y cantan a la verdad, los que ríen cuando el cielo de sus sentimientos está azul y lloran cuando amenaza tempestad y tienen a su conciencia como a Dios verdadero: los nacidos para caminar en las nubes, los que no rastrean, ni ambicionan, ni envidian, los cantores locos, sufren las inclemencias de la sociedad, que son

P. R O S A S L O C A S

sus despotismos, y reciben las bofetadas de las críticas, que son su cobardía.

Pero tiempos han de llegar en que sus heridas dejen de manar sangre.

Porque no siempre ha de triunfar la farsa para esclavizar a la verdad.

El sol de la sabiduría ha de bañar en oro las mentes de los descreídos, y, un día u otro, se avergonzarán de sus críticas de esas críticas cobardes y vergonzosas que son el verdadero dolor del cantar.



Las flores muertas

El balcón está florido y el sol le viste de oro.
¡Viva la primavera, que alegra el corazón!

—Madre—le dice el hijo enfermo—, los campos ya verdean, los pajaritos cantan, los trigales son rubios, las mozas van más bellas que nunca. Quiero que el airecillo caprichoso azote mis cabellos y estremezca mi cuerpo. ¿Por qué no paseamos por la pradera aquella donde juegan los niños, o por la falda de este monte cercano?

—Hijo—le contesta la madre—¡sea tu voluntad! La tarde caerá pronto y la noche te molesta al pecho. Nos retiraremos con el sol.

—Sí, madre, sí. Que hoy estoy alegre y el pecho es bueno. ¡Hoy no me duele, madre!

Las manos pálidas de la madre entornan el balcón y acarician luego las carnes pobres del hijo enfermo, físico.

—¡Vamos, madre, vamos!...

—Apóyate en mi brazo, que estás débil.

—¡No, madre, no! que también la primavera llegó a mi corazón!... ¡y estoy fuerte!

El enfermo está alegre.

Porque sus ojos contemplan el paisaje, salpicado de casucas blancas, de riachuelos reidores, de bosques, de praderas, de flores que recuerdan la juventud. Y la madre sonríe.

Porque su vida es la de su hijo y le contempla y le parece que revive.

—¡Qué bello es esto, madre! Dan ganas de llorar si se contempla quieto...

Las gentes pasan reidoras.

Las mozuelas saltarinas se hacen perseguir por los mozuelos que las hablan enamoradamente.

—Madre, ¡quién pudiese correr y cantar y dar brincos! ¿He de resignarme a morir cuando la vida empieza para todos?

—No, hijo, no; que ya te curarás y también cantarás mientras des saltos.

Pero en los ojos de la madre asoman dos lágrimas traviesas.

Porque no desconoce que la Muerte penetró en la casa.

—Ya muere el sol, hijo. Volvamos, que el fin del día llega.

Y el enfermo y la mártir retroceden.

Y en el camino, una mujer que cruza, abre bien los ojos contemplando al físico.

Y el físico se la queda mirando y quiere hablar y las sílabas se pierden antes de llegar a los labios.

La mujer sigue andando disgustada, como si recordara...

Y los brazos de la madre sujetan el cuerpo de su hijo que se retuerce como si la Muerte soltase carcajadas.

—¡Hijo, ¿qué te ocurre, hijo?!

Y el enfermo parece contestar:

—Es *Ella*, madre; es *Ella*!

—

Ya han pasado los días de la primavera.

El cielo se ha entoldado.

El físico, enfermó de los ojos de tanto que lloró.

Porque era ella; la primera rosa de su jardín espiritual.

Y la madre está triste.

Porque ve a la Muerte cómo ronda a su hijo.

Y porque *Ella* le ha robado la tranquilidad.

—Descansa de pensar, hijo.

—No puedo, porque es *Ella*, madre. ¿La recuerdas? Era rubia, blanca; transparente su cuello, perfumados sus labios, rosadas sus mejillas. ¿La recuerdas, madre? ¡Cuánto llegué a quererla! ¡Qué feliz sería si estuviese a mi lado! No hubiese marchado carretera adelante, abandonándote, ¡oh madre! en busca de la gloria, que quería para ella, y mi cuerpo no sería inútil, y tendría hijos, ¡hijos, madre!, para quererlos como tú me quieres.

—Ella es mala, hijo.

—¡No, no lo es, madre! Lo fué quien la engañó; lo son los que se atreven a jugar con ella. ¡Cobardes, ex hombres! *Ella*, madre, no es mala;

no puede serlo nunca: si lo fuese no sabría escribir como me ha escrito. Quiero verla, madre. ¡Quiero verla!

—Descansa, descansa, hijo. Tiembles demasiado. ¡Duerme, duerme!

Y la madre llora.

Mira al cielo.

¡Y el cielo está entoldado!

—

Por los tapias ha marchado inseguro mientras la madre duerme.

A la casa de todos los malos ha llegado el enfermo.

Y al verle físico, menos Ella, todos y todas se han reído.

—La Muerte acude a un gran festín—han dicho.

Y Ella le ha tomado de un brazo y le ha puesto un beso de pasión en los labios.

—Hermana, somos dos rosas muertas. El Destino nos une en el sepulcro. ¿Has sufrido mucho al vivir?

Pero ella no contesta. Le besa y llora.

—¿Por qué fuiste tan mala con quien te quiso tanto?

—No fui yo—contesta lastimera la meretriz.—Fué el Destino que me hizo enamorarme de quien no tuvo amor. ¡Yo quisiera ser buena!

—Ya no puedes. Como yo tampoco podré estar nunca bueno. Las alondras que, como nosotros, se enloquecen por brillos sociales, pierden la bondad del cuerpo o del espíritu. ¡Somos rosas muertas, hermana!

E D U A R D O A R A S T I

Se abrazan enamoradamente, mientras el alboroto del pecado sigue.

Y lloran en silencio.

—
Hora santa en la casa.

Las meretrices lloran.

Y *Ella* ha quedado como muerta cuando el físico ha muerto.

Al lecho de prostitución, con el placer, ha llegado la Muerte.

Las meretrices rezan

«...*Dios te salve, María...*»



A una mujer

¡Bien vivan los que conocen tu destierro y pueden contemplarte y mecerse en la felicidad!

¡Oh, qué días más grises y qué noches tan tristes rodean a mi amargo vivir!

¡Sin flores, sin pájaros, sin risas, sin tí! Estoy en el destierro más oscuro de todos los destierros; sin rayitos de sol que alumbren mi existencia; caminando a tientas en las sombras, a solas con mis pensamientos, que en tu busca se marchan bullangueros y retornan tristonos y enfermizos, como los novios parlanchines que no hallaron calor en los besos santos de sus novias buenas.

¡Oh, cómo sangran las heridas locuelas que nacieron en mi corazón al separarnos sin decirnos «adiós»! ¡Cuántos rasgones de mi cuerpo daría al caminante que me acompañara a tu destierro, para contemplarte nuevamente y estrecharte las manos y poner amorosamente en tus

labios la flor de bienvenida, juntándolos feliz con los míos.

¡Aunque después Caronte me llevara en su barca! ¿Qué importan los atardeceres si el alma se despierta con el amanecer?

¡Bien vivan, mujer, los que conocen tu destierro y pueden contemplarte y mecerse en tu felicidad!

—

Pero, lejos de tí, me encuentro cerca de tu lado. Porque las figulinas que quedaron un día dormidas en el corazón no despiertan cuando el cuerpo que las reflejó canta o gime, piérdese o se esconde.

Duermen siempre, ¡siempre!, y, alguna vez, también sueñan y cantan sus propios pensamientos. Y tú, que sueñas mucho, puedes charlar en cualquier hora y escucharte yo.

Por eso me encuentro muy cerca de tu lado.

Aunque no pueda aprisionar tus manos, ni contemplar tus ojos, ni besar tus labios.

Pero yo creo en tí y estoy cerca de tí.

Como lo estoy de Dios.

Porque las parlerías de las almas no reconocen las distancias.

Y todos las escuchan desconocedores del tono de su voz.

Y muchas veces nos aprisionan tanto que las creemos sobre nosotros mismos, dentro de nuestros cuerpos.

Por eso estoy cerca de tí.

Porque eres el Todopoderoso de mi corazón.

—

Pero descree lo que oíste.

Estas locuras mías son solo para mí.

Nadie pretenda comprenderlas.

Ni aún tú.

Nada dicen ni nada se proponen.

Como nada dicen, tampoco, las flores secas de los viejos libros que Ella leyó algún día.

Como nada nos cuentan los viejos paisajes en los atardeceres, ni los versos de los locos poetas, ni las joyas y rasos que embellecen a las mujeres que nunca fueron bellas, ni las mariposas, ni los pajarillos, ni las charlas diablescás de la mujer a quien se quiere, ni el colorido de los cuadros, ni las imágenes de las viejas iglesias, ni las mozas riendo, ni aún los hombres pensando.

¡Todo, todo es locura y fantasía!

Menos para aquellos que, como yo, están locos.

Porque los malos, no dan importancia a sus maldades.

Si se las dieran, no podrían vivir.

Por eso, procura descreer lo que oíste.

Y descansar tranquila.

¡Que yo también descanso mientras espero que pase frente a la puerta de mi triste destierro (donde me trajeron los caprichos de tus carceleros) el viejo caminante que ha de conducirme al pie de tu ventana, para besar tus labios y estrechar tus manos y contemplar tus ojos!

¡Aunque después, Caronte, me conduzca en su barca!

Y tenga que conocer a Dido, a Cleopatra, a París, a Pícolo y a Francesca...

La rebeldía del pobrete

También en estas tierras hay locos...

Locura significa entre estas buenas gentes que pasean a la sombra de la catedral, exceso grande de alma, y hay hombres, que parecen niños, tan espirituales, que odian de todo corazón a sus hermanos cuerdos...

Y odiando, pasan por la vida con su gran locura, y alguno que otro suele cantar, de vez en vez, tonadas bullangueras...

¡Es el único bálsamo consolador que encuentran en su derrotero!...

Mas, con todo, suelen llorar amargamente porque dicen que el frío del poblacho heló los corazones de sus convecinos, que los dedican todos sus odios y todos sus insultos.

Y este continuo desprecio les martiriza tanto, que se mecen en la rebeldía y quisieran, las más de las veces, arañar su corazón y soltarle al paso de estas gentes pobres con vestimenta de ricacho.

Yo he escuchado la charla de un gran poeta

loco que pasea la ciudad cuando la noche llega. Es rebelde, con rebeldía buena, santa. Y dice muchas cosas que, al concluir, parece que nos interrogan.

Yo no sabré decir si es loco o cuerdo.

Pero sabré deciros lo que dijo.

—

«¡Solamente de pan vive el hombre!»

Y continuaba luego con rebeldía de desesperación:

«Es lo contrario de lo que dijo Jesús de Galilea; pero si el Divino Maestro pasase de nuevo por la vida, por esta vida llena de cobardías, de envidias y de egoísmos grandes, sellaría sus labios con el gesto de lástima para rectificar su frase y afirmar:

«Solamente de pan vive el hombre.»

No otra frase podría pronunciar al contemplar a sus hijuelos.

Toda su doctrina se pierde en el destierro. Se confunden sus divinas palabras, y nadie desconoce que el alma lleva camino de estorbar.

Si Jesús volviera a nuestro lado, todos los oídos ensordecían. Nadie querría ser su apóstol, y en muchos de los hombres encontraría a Judas.

Tendría que arrojar de su casa, como en otros tiempos, a los mercaderes, y de nuevo sufriría el Calvario.

Y ahora su cuerpo mostraría más heridas que entonces, porque la ira de los hombres es mucho mayor, y no consienten los que consiguie-

ron «parecer», que nadie haya con más poder que ellos.

Y es que los corazones ya no sienten.

Las doctrinas de estos apóstoles de la conveniencia que suelen elevarse en alas de la incultura de las muchedumbres que escuchan sus palabras, pero que no las comprenden ni las sienten; os enseñan que nada existe, para la completa satisfacción, como pan para el cuerpo. Conocen bien que la palabra alma, en su definición mejor, es el medio más práctico de morir de hambre.

Y ellos no conciben que haya hombres que esclavicen el cuerpo para dejar en libertad al alma.

Y estos sabios descorazonados, que van por el camino de la vida dejando aquí y allá sus doctrinas, altivos e insultantes, como si demostraran que el Nazareno fué nada ni nada supo, son los hombres que mandan, que les dirigen, si les dirigen, si dirigir es aplaudir sus ideas sin dejarles exponer las suyas.

Y es que hoy no se pide pan para el espíritu.

El que tiene hambre, solamente es el cuerpo.

¡Y desgracia lleva el que no piense como piensan ellos! Los calvarios de los antiguos mártires serán un baño de rosas comparados con los que han de sufrir.

Y este es el progreso que nos trae el siglo.

El arte y la ciencia se encuentran en el estertor de su agonía. Esto, que es el alma, morirá pronto. Pero, en cambio, nos quedan las mil ideas con que los hombres triunfan; esos hom-

bres, dueños de las voluntades de las muchedumbres, que en lugar de educarlas con la enseñanza, las alborotaron con la violencia de las frases, a ser alondras.

¡Oh, Jesús de Galilea! ¿Y para eso dejaste jirones de tu cuerpo en manos de los hombres? ¿Tan poco humanos somos que despreciamos tus consejos y deshojamos las flores de tu sabiduría?

¡Con lo fácil que es dar pan al cuerpo y al espíritu!

Pero, empezando por tus representantes y acabando por mí, todos nos empeñamos en no comprenderte las palabras, y formamos el laberinto donde nos perdemos.

Siglo es éste de rastrerías y miserias. El egoísmo triunfa, y somos ovejas descarriadas que nos empeñamos en seguir perdidas.

Y seguiremos mientras el pastor nos apedree para reunirnos.

Es la época reinante de la fuerza bruta. Todos hablan, y chillan y alborotan. Nadie quiere ser mandado y sí todos mandar. Los brutos triunfan, los sabios son vencidos.

¿Por qué?

Porque somos demasiado débiles y tenemos mucho miedo a las amenazas.

Pero días han de llegar por este derrotero de la barbarie, de la incultura, de la dominación, en que un hombre salga a defender las ideas del que dió su sangre por nosotros: no esas ideas que los representantes de Cristo nos presentan; que Jesucristo no tiene soberbia, ni pregona farsa

ni blasona de grandes riquezas; sino la suya, la que nos enseña a amarnos mutuamente, a creer y multiplacarnos, a perdonar a María Magdalena, y, sobre todo, a no hacer de una idea divina un negocio humano.

Y ese hombre hará cumplir la ley y dormirán en el silencio todos esos hombres que buscan la doctrina que nos puede salvar, y cuyo lema dice: «Solamente de pan vive el hombre.»

—

Esta palabrería del poeta loco, del pobrete despreciado y rebelde, ¿no es verdad que parece que nos interroga?

Yo he mirado fijamente como adivinando algo extraño en sus pupilas verdes.

Y he visto la llama de su corazón que le consume con lentitud.

Pero él recorre la ciudad dando brincos, insultante y altivo, y suele descansar junto a los murallones, esperando y soñando.

Sabe bien que en estas provincias que quieren despertar bruscamente, lo mejor es su historia.

Y él la toma por novia para besarla con santidad.



El fracaso

¡Días de juventud, hermosos días de inquietud, de misterio, de luchas y extravíos! Días de pleno sol en el corazón y en el deseo. Días de extravagancia, de amores, de mujeres, de pájaros, de rosas, de niños...

Dichosos días de bohemia florida con las flores de las ilusiones.

Entonces, yo no era hombre, y la vida aún no había pinchado ni mi carne pobre, ni mi espíritu bueno.

Día de franca lucha, de libros, de placeres, de ensueños, de esperanzas...

Yo creía entonces que era fuerte invencible, vencedor siempre en todo y contra todo.

¿Adónde os fuisteis, días venturosos, que persisteis en mi alma las guirnaldas de rosas con que se adorna la ilusión?

¿Por qué me hicisteis pobre, siendo el millonario de los ensueños bellos, locos, sensibles?

Yo odiaba a la vida, a esta vida mísera y far-

sante, que después me ha aprisionado como a gran criminal.

¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué yo, tan bohemio, tan hombre contrario a los pareceres, me acomodo a ser lo que no soy?

¿Por qué mis manos se encallecen lentamente y mi pluma, siempre ágil y buena, ahora se cansa y se me ríe con su rebeldía?

¿Por qué?

.....

Hay una voz que me responde:

—¡Una mujer! ¡Una mujer! ¡Ella, ella!

Sí, es verdad. ¡Ella, ella! ¡Tú! ¡Tú! Que eres todo, ¡todo! Lo que fuí, lo que soy, lo que seré.

Sin tí, un bohemio querido de la Poesía.

Contigo... ¡esto!, lo que soy.

Pero lo que fuí lo seré.

Si tus labios sonrían.

Y tus manitas, con caricias mimosas, quitan las telarañas que en la inteligencia puso la lucha de la vida por tí, por tí, ganarte, por no verte partir como celosa por la señorita Poesía.

Me ha empolvado el tiempo. Pero el tiempo me desempolvará.

Tengo esperanzas en tus mimos bellos.

En tí.

Que eres todo: lo que fuí, lo que soy, lo que seré algún día,

Si tus labios sonrían.

Y me prestas algo de juventud para mi almita enferma.

P R O S A S L O C A S

Que fué y no es.

Porque quise más verte a tí que buscar a la gloria.

Esa gloria que ha puesto en el espíritu los hielos que me han herido tanto.

Pero el verano llegará otra vez.

Y volveré a ser ruiñeñor...

Pero con nido donde tú descanses y unidos cantemos a la vida. ¡¡La vida!!

En tí está.

Yo no soy lo que fuí.

Soy lo que tú eres.

Seré lo que tú puedas ser.

¿Qué seremos? ¿Qué?

FIN

ÍNDICE



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
<i>A mi capa</i>	9
Charla en Compostela	13
Mi musa	17
«Melenitas rubias»	19
La mansión del dolor	23
Juventud, ilusión	25
La garita del mal	29
El señor diablo rey	31
La edad de la novia	33
El otro mundo	35
La fealdad del tabarén	39
Así soy	41
Dios en la tierra	43
«Luna-Park»	47
Tú y yo	49
Ellos y yo	51
Los labios pálidos	53

	<u>Páginas</u>
Diálogo en la noche	55
En casa de Goethe	58
La escuela de los odios.	60
Las buscadoras de oro	63
¡Si pudiese ser otro...!	66
Cuando estoy en el cielo.	69
El arte de las malas artistas	71
El mejor hijo	74
El dolor de ser buena.	76
Allá lejos...	79
La hora del silencio	81
Carta a una mujer.	83
La alegría del pueblo.	87
Mi hora santa	90
Las pobres ricas	93
El gran placer	95
Insulto	98
Cadenita de rosas.	100
La belleza enferma	103
El sol ha muerto	106
El amor de mi amiga.	108
¡Buenos días, París!	110
El hermano bueno	112
El bohemio ríe.	115
Los santos	117
¡Quién fuera niño siempre!	119
Horas de amor y de venganza.	121
¿Por qué?	124
Los cascabeles de mi amigo el diablo	129
El dolor de la risa.	131
Almas que esperan	133
Descanso	136
El dolor de cantar.	138
Las flores muertas	142

	<u>Páginas</u>
A una mujer.	147
La rebeldía del pobrete	150
El fracaso	155





OBRAS DEL AUTOR

©

Flor de cardo (Teatro).

Parlerías (Cuentos).

La eterna primavera (Cuentos. Prólogo de Emilio Carrére).

De ellas y para ellas (Prosas locas).

La conquista del duro (Novela).

Locolauro (Cuento).

Pelujos (Novela).

La bella maldad (Novela).

Precio: 4,50 pesetas.